

SERVICIO SECRETO

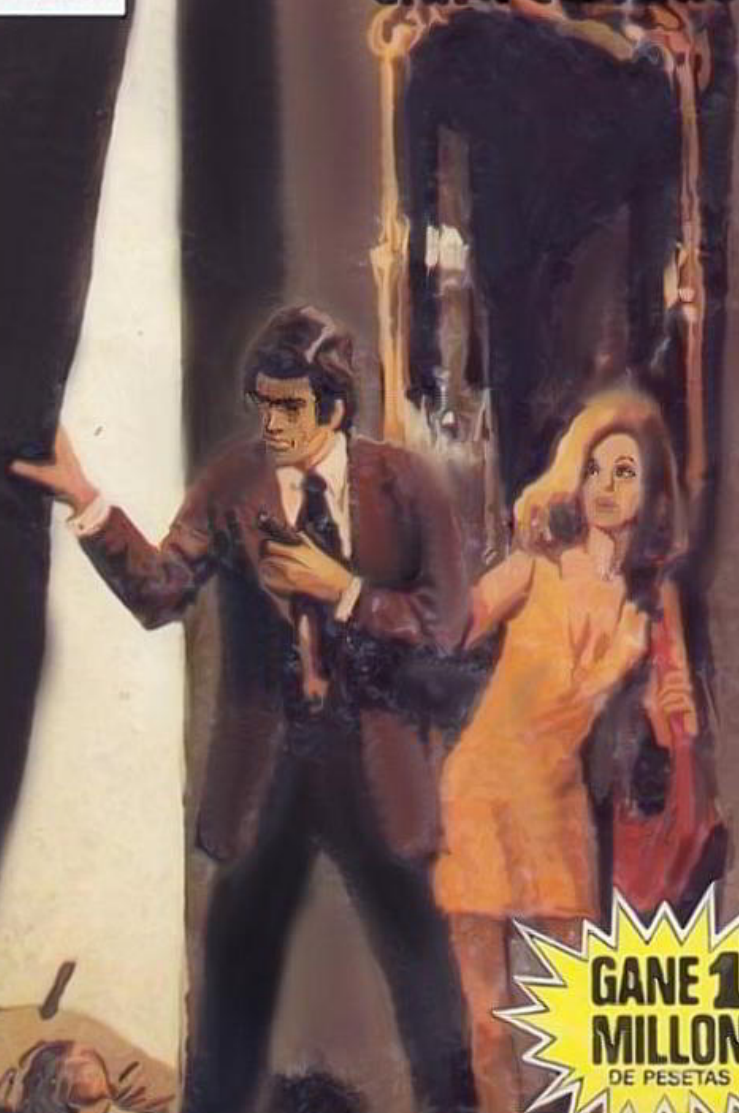
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

EL FESTIN DE LOS ASESINOS

Clark Carrados



**GAÑE 1
MILLON**
DE PESETAS

Una mano se alzó de pronto. Estaba rematada en cinco uñas de color escarlata y la dueña era una preciosa joven, rubia y de atractiva figura.

—Amanda Thayer, del *Star* —proclamó—. Jefe Nielsen, hay algo muy interesante que todavía no ha mencionado y que al público en general y a todos los lectores de mi periódico en particular importa muchísimo. ¿Qué hay del caso Thomaston? El asesino no ha sido encontrado todavía, lo que equivale a decir que el caso no está resuelto.

Nielsen, grueso, rubicundo, vestido con gran elegancia, hizo un gesto de aquiescencia.



Clark Carrados

El festín de los asesinos

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1786

ePub r1.0

Lds 13.03.19

Título original: *El festín de los asesinos*

Clark Carrados, 1985

Cubierta: Lozano

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

—Y con gran satisfacción por mi parte, me complazco en anunciarles que durante el último trimestre, el índice de criminalidad en Garrysville ha descendido en nueve coma treinta y ocho por ciento —dijo Kehler P. Nielsen, jefe de Policía—. El tránsito ha mejorado también considerablemente y, en cuanto al asunto de las drogas, se han realizado importantes aprehensiones de sustancias estupefacientes, así como se ha conseguido probar la culpabilidad de dos traficantes de relieve. Si alguno de ustedes, caballeros, desea hacerme algunas preguntas, me sentiré encantado de aclarar las posibles dudas que hayan quedado después de esta declaración.

Una mano se alzó de pronto. Estaba rematada en cinco uñas de color escarlata y la dueña era una preciosa joven, rubia y de atractiva figura.

—Amanda Thayer, del *Star* —proclamó—. Jefe Nielsen, hay algo muy interesante que todavía no ha mencionado y que al público en general y a todos los lectores de mi periódico en particular importa muchísimo. ¿Qué hay del caso Thomaston? El asesino no ha sido encontrado todavía, lo que equivale a decir que el caso no está resuelto.

Nielsen, grueso, rubicundo, vestido con gran elegancia, hizo un gesto de aquiescencia.

—Precisamente iba a hablarles de ello ahora mismo —respondió—. El departamento que me honro en dirigir, es el más interesado en la resolución de ese caso. Y, por dicha razón, lo he asignado a uno de los oficiales más competentes, el sargento Bradigan Garfield, aquí presente. ¿Sargento?

Sentado en una silla, en el estrado y a la derecha del joven,

había un joven vestido con cierto descuido, de pelo negro, que parecía muy abstraído en la lectura de un periódico, con un lápiz en la mano. Parecía hallarse ajeno a cuanto se decía en la sala y ni siquiera levantó la cabeza cuando el jefe Nielsen pronunció su nombre.

—Una palabra de seis letras que significa... «Mujer que comercia con su cuerpo»... Ah, sí, claro, es bien sencillo «Ramera»...

Una sonora carcajada estalló en la sala, mientras el rostro del jefe se tornaba del color de la grana. El realizador de televisión, que grababa la entrevista para la próxima noticia rió televisado, pensó que debía suprimir aquella escena en la cinta de video.

Garfield oyó las risas y alzó la vista, sorprendido. Entonces se dio cuenta de lo que sucedía y se puso en pie rápidamente.

—Sí, en efecto —dijo—. Hemos conseguido introducir mejoras notables en el tratamiento a los menores delincuentes menores de edad...

—¡Sargento! —tronó Nielsen—. ¡Hablábamos del caso Thomaston!

El joven miró a un lado y a otro y luego fijó la vista en el rostro de la joven atractiva periodista.

—Hola, Amanda —sonrió—. Ya puedes decir a tus lectores que encontraré al asesino de Throgmorton...

—Thomaston, Brad —corrigió ella riendo—. Siempre serás tan despistado, encanto, aunque, desde luego, es preciso reconocer que resuelves todo cuanto se te encomienda. —Gracias, preciosidad. ¿Nos vemos luego para cenar?

—Encantada, Brad.

Al jefe Nielsen se le llevaban los demonios y, precipitada mente, dio por concluida la conferencia de prensa. Luego se llevó al sargento Garfield a su despacho, para propinarle un severo varapalo verbal, del cual su recipiendario no hizo el menor caso. Oía a su jefe como quien oye llover y toda su atención estaba centrada en el crucigrama que no había con seguido resolver antes.

—Estaba equivocado, jefe —dijo, cuando Nielsen hubo terminado de hablar.

—Vaya, es hora de que lo reconozca. Y, ¿cuál era su equivocación?

—Quiero decir que me había equivocado de línea. Cual quiera

sabe que una mujer que trafica con su cuerpo es una ramera. Yo me había saltado la línea y tenía que resolver otra palabra también de seis letras. «Artilugio sin el cual un cuarto de baño no sería un cuarto de baño». La solución es bien sencilla, ¿verdad? «Bañera»...

La voz del joven murió rápidamente al ver la expresión de su jefe.

—Me voy —anunció con precipitación—. No quiero ser causa de un indebido aumento de su presión sanguínea...

—Me ocurrirá algo peor si no sale de aquí en el acto —rugió Nielsen—. Me acusarían de asesinato, ¿comprende?

Garfield abandonó el despacho a la carrera.

—¿Por qué seré tan despistado en ocasiones? —se preguntó.

* * *

Había cuatro hombres sentados en torno a una mesa, contemplando al quinto que parecía presidir lo que tenía todas las trazas de una reducida asamblea. Pero el presidente vestía de un modo singular y era precisamente su indumentaria lo que intrigaba a los otros cuatro.

Una capucha negra, con dos agujeros solamente para los ojos, y una larga capa, muy holgada, con amplias mangas, ocultando por completo no sólo las facciones, sino el cuerpo del presidente, cuyas manos, además, también estaban cubiertas por unos guantes negros. Sobre la mesa había algunas botellas de agua tónica, una cubitera con hielo, una botella de buen *whisky* y cinco vasos, uno de los cuales aparecía intacto.

—Caballeros —dijo el presidente, después de una larga pausa de silencio—, les he citado aquí, para anunciarles que, a partir de este momento, se han convertido en unos asesinos. Si es que alguno no lo es ya —añadió irónicamente.

Cuatro cuerpos se agitaron inquietos en sus sillas.

—No me gustan las bromas pesadas —rezongó John Borch—. ¿Por qué no se explica de una vez, señor...?

—Conocerán mi nombre más tarde —respondió el presidente con frialdad—. Y en cuanto a bromas pesadas, podemos decir que son las que usted gasta a determinadas personas, cuando les exige ciertas «contribuciones» para evitarles daños. Dude

O'Malley,

si viviera, podría decir que lo que le sucedió no fue precisamente una broma pesada. ¿De acuerdo, señor Borch?

El aludido palideció. Farfulló algo y volvió a quedar en silencio.

El presidente se encaró con otro de los seis asistentes.

—Rainer Aldiss, tengo algo para usted —dijo, a la vez que sacaba un sobre de su flotante vestimenta—. Léalo rápidamente y con más calma, cuando se encuentre solo en su casa. Verá que no puede negarse a hacer lo que le ordeno.

Aldiss cogió el sobre y hojeó algunos de los papeles que había en su interior y que volvió a guardar precipitadamente.

—Está usted muy bien informado de algunos detalles de mi vida —comentó sin alterarse demasiado.

—Por eso le hice venir aquí —dijo el presidente, sonriendo bajo la capucha—. Encarémonos ahora con Kent Lassiter. ¿Le parece bien, señor Lassiter, que hablemos de la estafa de la «Fulton Consolidated», una compañía minera que no existió salvo en su imaginación y cuyas acciones costaron a decenas de incautos algo así como un cuarto de millón de dólares? ¿Le parece bien que hablemos de la anciana señora Westerby, que quiso denunciarle a la policía y de la que no se han vuelto a tener más noticias?

Lassiter se pasó una mano por la garganta.

—Olvidemos ese desdichado asunto —propuso, tras un fuerte carraspeo.

—Lo olvidaremos cuando usted se haya convertido en un asesino. Pero sigamos ahora con el señor Browson, Morris de nombre. ¿Qué tiene que contar el señor Browson acerca de aquella falsificación de valores al portador, cuyo autor no ha podido ser hallado todavía? ¿Le agradecería, amigo Browson, que los agentes del Tesoro le pusieran la mano encima? Pasaría usted no menos de veinte años en la cárcel, lo cual no es una perspectiva muy agradable para un hombre que todavía no ha cumplido los cuarenta, ¿verdad?

Browson no se inmutó al escuchar la relación de sus actividades. Simplemente, preguntó:

—¿A quién he de matar?

—Celebro su espíritu de cooperación —dijo el presidente con jovial acento—. Bien, para su satisfacción, les diré que las víctimas

tienen todos negocios bien saneados, aunque no les pueda considerar como financieros de altos vuelos. Pero actúan separadamente y, si todos esos negocios que aparentemente no tienen relación entre sí, se unieran, la sociedad resultante, que es la que estableceremos nosotros cinco, que daría como una potencia en Garrysville.

»Voy a darles a cada uno un sobre con el nombre de su víctima y una detallada relación de sus costumbres, a fin de que, discretamente, lo compruebe por sí mismo y se familiarice con las andanzas del... “paciente”. En ese sobre, además, se incluye una palabra clave, diferente para cada uno. Cuando la oigan por teléfono, será el momento de actuar, no antes. ¿Lo han comprendido bien?».

—¿Habrá dificultades legales, presidente? —inquirió Lassiter.

—Ninguna. Todo está programado de forma que no se produzca el menor fallo, tras el fallecimiento del «paciente».

—¿Qué procedimiento emplearemos para «apiolar» a nuestro hombre? —quiso saber Browson.

—Está indicado en las instrucciones que les voy a dar. Y, desde luego, pueden estar seguros de que no serán relacionados en absoluto con esas muertes.

—Muy bien. Supongamos que el plan se lleva a cabo satisfactoriamente —intervino Borch—. Usted, sin embargo, puede denunciarnos en cualquier momento, mientras que nosotros desconocemos su identidad. Eso hace pensar que se ha procurado cuatro asesinos a sueldo... sin sueldo, o sea, completamente gratis. Si algo fallara, pese a sus previsiones, nos veríamos en una crítica situación, mientras usted saldría con las manos completamente limpias del asunto.

—No es justo, en efecto —convino Aldiss.

—Está bien —replicó el presidente—. Es cierto que he obtenido datos de ustedes que, de llegar a poder de la policía, podrían causarles gravísimos perjuicios. Pero ya han podido apreciar que me reservo esas informaciones, sólo para el caso de que alguno flaqueé inoportunamente. Ahora bien, estimo que el plan ha de llevarse a cabo bajo el aspecto de una total confianza mutua. Si no fuera así, no merecería la pena el esfuerzo... y la recompensa final, claro.

—Una recompensa final, ¿eh? —Gruñó Lassiter—. ¿Cuánto si se

puede saber?

—Un millón para cada uno. Cifra mínima, garantizada.

—No estaría mal —dudó Browson.

—Si se retira, adelante, no le impediré que se vaya. Pero mañana, la policía...

Browson agitó una mano precipitadamente.

—No, no he dicho nada —exclamó.

—Muy bien. Ustedes me van a conocer ahora inmediatamente y de la misma manera que yo callaré sus turbios asuntos, ustedes no mencionarán a nadie mi personalidad. Ni siquiera a sus mujeres, los que están casados. ¿De acuerdo?

Cuatro cabezas asintieron simultáneamente. Entonces, el presidente se quitó la capucha de un tirón.

—¡Es una mujer! —exclamó Aldiss, estupefacto.

—Desde que nací —sonrió ella.

La reunión se disolvió poco más tarde, tras ultimar algunos detalles de poca monta y aclarar pequeñas dudas. Entonces, la mujer fue a la cocina de la casa, lavó concienzudamente los vasos y arrojó por el sumidero los restos de la botella de *whisky*.

La casa disponía de una bodega, situada en un profundo sótano. A fin de que la mujer de la limpieza no pudiera ver nada al día siguiente, la que había presidido la reunión en donde se había sentenciado a cuatro personas, se dirigió a la bodega, cerrada con una sólida puerta de madera, cuya única llave estaba constantemente en su poder.

El interruptor de la luz se encontraba en la pared interior del acceso a la bodega. La puerta, por el lado que no resultaba visible desde la sala, estaba forrada con una plancha de madera, que recubría otra de aislante. Al anterior dueño de la casa le había gustado que la bodega conservase siempre una misma temperatura, para evitar pudieran echarse a perder los buenos vinos que allí se guardaban.

La puerta carecía de cerradura por la parte interior, ya que no era necesaria para su hermetismo. La mujer descendió a la bodega y dejó la botella vacía en un rincón.

Había algunos cajones viejos en otro rincón. Uno de ellos tenía la madera vieja y casi podrida y sobre él reposaban algunas botellas.

Junto al cajón pasaba una tubería, también muy antigua. Cuando la mujer volvió a la planta baja, cerró la puerta.

La pequeña vibración terminó de romper la tabla del cajón en que se apoyaban las botellas. Una de ellas se rompió.

Estaba llena de un ácido que se había utilizado en tiempos para la limpieza. El ácido se desparramó por el suelo, junto a la vieja tubería.

CAPÍTULO II

El sargento Garfield detuvo su coche en las inmediaciones de la resplandeciente fachada del local llamado «Golden Castle», en uno de cuyos ángulos se veía una torre que simulaba la de un antiguo castillo, con los bordes iluminados en amarillo por unos tubos de neón. La puerta parecía asimismo la de un viejo castillo, pero el interior no tenía nada de medieval.

El portero galoneado le saludó con respetuosa familiaridad. Garfield sonrió.

—¿Está ella?

—Sí, sargento, en el lugar de costumbre.

—Gracias, Mac.

El portero suspiró.

—Sargento, ¿cuándo se va a acordar de que me llamo Link? —protestó amistosamente—. Le prometo no olvidarme en lo sucesivo. Hasta luego, Mac.

Garfield entró en el casino y subió al primer piso. Situado en un lugar discreto, contempló la actuación de Evalee Simpson.

Aquella mujer le tenía fascinado desde hacía mucho tiempo. Y ella, también tiempo atrás, había sucumbido al atractivo del policía, aunque luego ciertas discrepancias sobre temas muy personales hubieran dado al traste con la relación.

De cuando en cuando, volvían a verse, pero siempre eran encuentros fríos, distantes, de pura cortesía. A Garfield se le llevaban los demonios cada vez que sucedía una cosa semejante, pero sabía que no podía remediarlo, a menos que hiciese determinadas concesiones que, para él, significaban poco menos que una claudicación absoluta y una total derrota de su orgullo de hombre.

Evalee Simpson dirigía la mesa de ruleta con impersonal eficiencia. Era muy rubia y llevaba el pelo cuidadosamente recogido en lo alto de la cabeza. Vestía un traje largo, enteramente negro, con un gran escote en el delantero y sin tela en la espalda. No se podía negar que, a sus veinticinco años escasos, era una mujer de belleza arrebatadora, poseedora de una natural distinción, que aumentaba ya de por sí sus innumerables atractivos.

Durante largo rato, Garfield permaneció en el mismo sitio, mientras a su alrededor reinaban el bullicio y la alegría, aunque tampoco faltaban las caras largas de quienes se dejaban el dinero en el tapete verde. De pronto, Garfield vio que la joven *croupier* hacía una seña a su compañero, para que tomase su puesto unos minutos.

Decidió salir a su encuentro y le cortó el paso cerca de la puerta del tocador de señoras. —Evalee, necesito hablar contigo— dijo.

Ella le dirigió una larga mirada, con sus ojos claros que, a veces, parecían carentes de pupilas. En su hermoso rostro continuaba la frialdad.

—No tenemos que hablar nada, Brad —contestó, a la vez que intentaba reanudar su marcha.

Garfield extendió un brazo.

—Aguarda un momento, por favor —rogó—. No es lo que te imaginas, no voy a pedirte que volvamos a reunimos. Es un asunto... digamos oficial. ¿Me comprendes?

Evalee dudó un momento. Luego hizo un gesto de asentimiento.

—De acuerdo, pero te advierto que si intentas sacar el tema a relucir, te dejaré plantado.

—No lo mencionaré en absoluto, te lo prometo.

—Muy bien. Terminaré a la una de la madrugada. Espérame en la salida de artistas.

—O. K., hermosa.

Ella se alejó y Garfield lanzó un profundo suspiro.

—Los dos somos demasiado orgullosos y no queremos ceder un ápice de nuestras respectivas posiciones —murmuró a media voz—. ¿Qué maldita barrera se alza entre nosotros para impedirnos ser felices?

Acabó por encogerse de hombros.

Consultó su reloj. Acababan de dar las doce. Faltaba una hora para la cita.

Evalee apareció poco después de la una. El lugar estaba en calma. La mayoría de los clientes se habían marchado ya.

Ella se había cambiado de ropa y ahora lucía un sencillo traje de chaqueta. El pelo caía suelto sobre sus hombros, en brillante cascada de oro pálido.

Garfield fumaba apaciblemente, apoyado en su coche, y empezó a moverse al verla salir. Repentinamente, un hombre surgió de las tinieblas y se abalanzó sobre la joven, con una navaja en las manos.

—Maldita tramposa... —rugió el sujeto—. Devuélveme el dinero que me has ganado con malas artes o te corto el cuello...

Terriblemente sorprendida, Evalee no acertó a reaccionar. Garfield sí lo hizo y sacó su revólver de reglamento.

Ella le miró por encima del hombro de su atacante. Garfield hizo un significativo gesto con la mano izquierda, para tranquilizarla, y luego, sin hacer el menor ruido, se acercó por detrás al colérico individuo.

El asaltante, de pronto, agarró el bolso de Evalee y tiró con fuerza.

—Me llevaré lo que me has robado, perra...

De súbito, sintió en la nuca el frío contacto de un cañón de revólver, a la vez que una mano con dedos de hierro se cerraba sobre su muñeca derecha.

—Amigo, suelte ese chisme o le vuelo los sesos —dijo Garfield con fingida truculencia. El hombre se estremeció.

—No, no dispare... Sólo era una broma... He perdido algo de dinero y estaba nervioso...

Hablaba incoherentemente. Garfield comprendió su situación.

«Casado, con hijos, una casa sin pagar por completo, le faltan algunos plazos del coche... Ha cobrado el sueldo o tal vez se ganó alguna comisión en alguna venta... y lo ha perdido todo en una mesa de juego», dedujo.

—Está bien —dijo—. Váyase y recuerde que el único culpable de sus pérdidas es usted y no la señorita. Ella juega limpio, ¿sabe?

El hombre, desmoralizado, echó a correr. Evalee, sin sonreír, se atusó el pelo maquinalmente.

—Gracias, Brad —dijo con voz enteramente normal—. Ese

hombre me dio un buen susto.

—La pérdida del dinero le hizo también perder los estribos —comentó él.

—Me lo imagino. Pero aquí no hacemos trampas.

—Lo sé.

—Tenías que hablarme de algo —le dijo Evalee—. Un asunto oficial, supongo.

—El caso Thomaston —respondió Garfield.

—Hizo mucho ruido, en efecto —convino la joven.

—Me han encargado que lo resuelva.

Evalee sonrió imperceptiblemente.

—Lo sé. Vi el noticiario de la televisión. Tú estabas resolviendo un crucigrama, como de costumbre.

—Abandonaré ese vicio, te lo prometo.

—Brad, quedamos en que íbamos a hablar sólo de asuntos oficiales. Los tuyos, personales, no me interesan en absoluto —dijo ella con glacial acento.

—Dispensa, se me fue el santo al cielo... ¿Qué sabes del caso Thomaston?

—Nada. ¿Por qué tenía yo que saber algo que es competencia vuestra?

—¡Bueno, mujer, no te enfades! A fin de cuentas, Thomaston era jefe de *croupiers*, tu jefe, en una palabra.

—Sí, pero lo asesinaron a veinte millas del casino.

—Mujer, no iban a hacerlo en plena sesión de juego.

—Repito que no sé nada, Brad.

—¿No viste en él cosas raras poco antes de su muerte? ¿Nerviosismo inhabitual?

¿Encuentros con personas extrañas?

Evalee pareció meditar unos segundos. Al fin, levantó la cabeza.

—No, lo siento. Si supiera algo, te lo diría, créeme. A fin de cuentas, lo apreciaba bastante. Siempre se portó bien conmigo y nunca intentó propasarse lo más mínimo. —Quizás tenía algún punto oscuro en su vida— sugirió Garfield. —¿Por qué no vas a hablar con Clarabelle Woodson?

Garfield respingó.

—¿Quién es esa dama? —preguntó.

—Parece mentira... —dijo Evalee desdeñosa—. No estaban

casados, pero vivían juntos desde hace muchos años, Brad. —Me darás su dirección, supongo.

—Búscala en la guía de teléfonos —repuso la joven, mientras avanzaba hacia su coche, situado a poca distancia. Garfield se rascó la cabeza.

—Maldita orgullosa —dijo entre dientes—. Fría como un «iceberg», imposible en cualquier momento...

Pero también sabía que cuando Evalee se desprendía de aquella coraza de imperturbabilidad, podía resultar la mujer más apasionada del mundo.

—Lo malo es que cualquier día aparecerá un imbécil con menos sesos que un mosquito, y se la llevará sin el menor esfuerzo —masculló disgustadamente, en el preciso instante en que percibía el susurro de una voz a pocos pasos.

—Sargento... Eh, señor Garfield...

El joven se volvió rápidamente, con la mano en la culata de su «38».

—¿Quién es? ¿Qué quiere usted? Salga a la luz si tiene algo que decirme —exclamó.

—Lo siento, sargento. No quiero que me vean, ¿comprende?

—Pero aquí no hay nadie ahora —se extrañó Garfield.

—No puedo fiarme. Es sobre el caso Thomaston. Sé quién lo asesinó.

—Me está tomando el pelo, amigo. ¿Por qué no enseña la jeta, eh?

—Está bien. Veo que no me cree y voy a darle una prueba de que digo la verdad. El día en que Thomaston fue asesinado llevaba encima nada menos que sesenta mil dólares en billetes grandes. ¿Ha oído usted mencionar nada sobre esa suma? —¿No será una invención suya?— preguntó Garfield sarcástico.

—Debería hablar con Rustler. Quizá le diga algo sobre el particular.

—¿Se refiere al dueño del «Golden Castle»?

—¿Quién podría ser, si no?

—O. K., pero antes prometió decirme el nombre del asesino. ¿Por qué rayos no lo suelta ya de una vez?

—Está bien. Lo hizo...

Repentinamente, estallaron tres o cuatro detonaciones, a la vez

que se veían brillar unos fogonazos anaranjados. Garfield, mientras se tiraba al suelo velozmente, oyó un gemido de agonía.

Muy pocos segundos después, captó el ruido del motor de un coche que se alejaba a toda velocidad. Por un momento se sintió tentado de perseguirlo, pero luego pensó que el desconocido podía estar vivo todavía y en condiciones de completar su declaración y se acercó a él gateando, sin prestar atención a los gritos de alarma que se oían en las inmediaciones.

Muy pronto supo que el hombre ya no le daría el nombre del asesino de Thomaston. El asesino se había propuesto evitarlo y, ciertamente, lo había conseguido.

* * *

Brillaban las luces de los coches policías y de la ambulancia, y destellaban los «*flashes*» de los fotógrafos. Un coche frenó en las inmediaciones y su conductora, tras apearse, corrió hacia el lugar donde se encontraba Garfield.

—¡Sargento!

Amanda Thayer traía una grabadora y la sacó del bolso. Garfield sonrió al ver su gesto.

—No puedes olvidar tu profesión, ¿eh?

—Me dijeron que se había cometido un asesinato aquí, pero no esperaba verte —respondió ella, mientras alargaba la grabadora hacia el joven—. ¿Qué tienes que decirme, Brad?

—Nada. Estuve en el «Golden Castle» por asuntos oficiales y me encontré con el jaleo al salir, eso es todo.

—¿Dispararon contra ti?

—No, aunque lo pensé en un principio. Pero el asesino ya sabía a quién debía liquidar y lo consiguió.

—Supongo que no tendrás formada una idea de los motivos del crimen, ¿verdad? —No. —Garfield alargó la mano y paró la grabadora—. Te lo diré «*off record*». No quiero que lo publiques ahora; cuando tenga todos los datos, te daré la información en exclusiva. ¿Vale?

Los ojos de Amanda chispearon.

—Vale —aceptó—. Habla, encanto.

—¿De veras me consideras un encanto? —rió él.

—¡Uf! A veces pienso que me gustaría acorralarte en un callejón sin salida y sin luz, a medianoche...

—¿Serías capaz de violarme?

—Dejaría que tú lo hicieras conmigo.

—¡Qué erótica estás! Pero hay sitios mejores que un callejón oscuro, con el suelo lleno de basura y de ratas, charcos apestosos... ¿Quieres que te indique uno, pequeña? —Otro día, Harrison Ford— exclamó ella riendo. —Ibas a hablarme de algo que no puedo publicar por ahora, si no recuerdo mal.

—Oh, sí, es cierto. El tipo se había escondido para darme una información discreta sobre el caso Thomaston. Manifestó conocer al asesino.

—¿Te dijo el nombre? —preguntó Amanda ansiosamente.

—No le dieron tiempo —respondió Garfield con dramático acento.

CAPÍTULO III

Llamó a la puerta y aguardó unos segundos. Alguien exploró el corredor a través de una mirilla y luego abrió con precaución.

—¿Sí? —dijo la mujer.

—¿Clarabelle Woodson? —preguntó el visitante.

—Yo misma.

Garfield enseñó su placa.

—Sargento, Homicidios —dijo escuetamente.

—Ya han venido a visitarme otros...

—He leído los informes. Fueron unos interrogatorios poco menos que de rutina, señora Woodson.

Clarabelle suspiró y se echó a un lado.

—Está bien, sargento...

—Garfield, señora.

El joven cruzó el umbral. Clarabelle cerró la puerta y le señaló un diván próximo.

—Siéntese —invitó.

—Gracias, señora.

Durante unos segundos, Garfield estudió a la dueña de la casa. Era una mujer de unos treinta y cinco años, elegante, de aire distinguido y porte mesurado. Era muy guapa y, a los veinte años, pensó Garfield, debería de haber resultado irresistible.

—Señora Woodson, he venido a verla en relación con la muerte de Hugh Thomaston. No voy a mencionar las relaciones que les unían, porque no es relevante, hasta cierto punto. Sin embargo, creo que debo formular unas preguntas cuyas respuestas desconozco.

—Está bien, sargento, le escucho —respondió Clarabelle sosegadamente.

—Thomaston fue asesinado en un lugar situado a veinte millas

de Garrysville, un lugar al que no solía acudir ordinariamente. Mejor dicho, era la primera vez que iba allí. ¿Sabe qué le impulsó a ir hasta el sitio donde encontró la muerte?

—Tenía dificultades, pero no quiso decir de qué clase.

—¿Está seguro? Según mis notas vivían juntos desde hace unos seis años. No les unían lazos legales, pero tengo entendido de que era una unión sólida, sin que hubiese entre ustedes el menor motivo de desconfianza recíproca.

—Muchas mujeres, casadas o no, desconocen la mayor parte de los negocios de sus esposos. O amantes, como quiera —dijo ella imperturbable.

—¿Pero no le extrañó que se dirigiera hacia un lugar en el que jamás había estado antes?

—Es que no lo supe hasta que me informaron de su muerte, sargento.

—O sea, aquella noche, al marcharse...

—Perdón, se fue por la tarde. Antes, desde luego, de la hora en que acostumbraba a ir a su trabajo.

—¿No se sorprendió de verle marchar tan pronto?

—Un poco, pero no le concedí mayor importancia. A veces lo hacía, para inspeccionar a su gusto las salas de juego, antes de que el casino abriese sus puertas.

—En suma. Un comportamiento normal.

—Sí, sargento, aunque debo decirle algo que no me ha preguntado todavía. Tampoco sus colegas me dijeron nada al respecto —manifestó Clarabelle.

—¿De veras? —se extrañó Garfield.

—Bueno, la verdad es que me hicieron preguntas sobre posibles enemigos, pero yo contesté que no conocía a ninguno. No se mostraron muy interesados en averiguar demasiados detalles.

—¿Por qué cree usted que se portaron de ese modo, señora Woodson?

Una amarga sonrisa apareció en los labios de Clarabelle.

—Debieron pensar en la profesión de mi... de Hugh —respondió ella—. Un jefe de *croupiers*, en un casino... Les parecía, sin duda, un sujeto relacionado con *gangsters*. Por tanto, su muerte se debía a un ajuste de cuentas... Además, yo no era esposa legítima, sólo su amante...

—Hay policías con prejuicios, en efecto, señora —admitió Garfield.

—Celebro que sepa verlo así, sargento. Hugh estaba preocupado desde hacía algún tiempo por algo, aunque nunca me dijo los motivos. Ahora creo que presentía algo malo, pero entonces no le concedí importancia. Su cargo, a veces, le proporcionaba algún disgusto que otro, con clientes impertinentes y que no sabían digerir sus pérdidas o que, incluso, creían que se les había hecho trampas.

—Entonces, estaba preocupado...

—Más concretamente, por cuatro personas, aunque no mencionó jamás sus nombres. Sólo una vez le oí hablar entre dientes, porque estaba hablando solo, algo parecido a esto: «¡Maldita sea, esos cuatro tipos quieren darme un disgusto...!». No sé más, se lo aseguro, sargento.

¿Habría cuatro culpables en lugar de uno?, se preguntó Garfield.

Claro que sólo una mano habría apretado el gatillo. Pero aquella mano había sido la del ejecutor, tal vez contratado por cuatro personas desconocidas.

—¿Todos hombres, señora? —preguntó—. ¿No había mujeres en las cuatro personas que él estimaba iban a darle un disgusto?

Clarabelle movió la cabeza enérgicamente.

—Es todo lo que le escuché en relación a sus preocupaciones —respondió.

—Una última pregunta, por favor. He llegado a saber que Thomaston llevaba encima sesenta mil dólares, en el momento de su muerte. Sin embargo, ese dinero no apareció sobre su cadáver. ¿Qué sabe sobre el asunto?

—Es la primera noticia que tengo, sargento. Lo ignoraba por completo, y, créame, en las costumbres de Hugh no entraba llevar sobre sí grandes sumas de dinero.

Garfield se puso en pie. Era inútil continuar hablando sobre el tema. Clarabelle ya no le diría más, aunque había mencionado un dato que tal vez podía tener importancia en el futuro.

Cuatro personas, quizá, habían planeado la muerte de Thomaston.

¿Quiénes eran? ¿Por qué habían decretado su muerte?

¿Habían contratado a un asesino profesional para asesinar a Thomaston?

—Señora, le doy las gracias más sinceras por su colaboración y le prometo hacer los más duros esfuerzos para encontrar al asesino de su... del señor Thomaston —dijo, como despedida.

* * *

Al regresar a su oficina, se encontró con un informe solicitado la víspera. Un detective entró apenas le vio llegar y señaló el sobre con la mano.

—El informe de balística, sargento —dijo—. Cuatro proyectiles del calibre veintidós. —Extraño, ¿no le parece? A ciertos tipos, les gustan más los calibres mayores— comentó Garfield.

—Un «veintidós», bien empleado, mata lo mismo que un «cuarenta y cinco», sargento —dijo el policía filosóficamente.

—Eso es muy cierto, Billy.

El policía era joven y tenía la cara muy aniñada, por lo que el apodo había surgido de inmediato, apenas ingresó en el cuerpo de policía: Billy el Niño. Pero a William Mix no le gustaba, y por dicha razón, Garfield se abstenía siempre de la broma que los otros le gastaban con harta frecuencia. Le llamaba por el diminutivo Billy, pero sin añadir el apodo.

—Y hay un detalle muy interesante —continuó Mix—. El informe de balística dice que el arma empleada para matar al tipo de anoche, es la misma que se utilizó en el asesinato de Thomaston.

Garfield dio un salto en su asiento.

—¿Seguro, Billy?

—A menos que se hayan equivocado los de Balística... Pero no es de suponer, ¿verdad, sargento?

Garfield se retrepó en su asiento.

—Parece lógico —observó—. El tipo iba a darme el nombre del asesino de Thomaston, pero no pudo hacerlo. El asesino, sin duda, sospechaba de él y le siguió, hasta encontrar la ocasión propicia.

—No cabe la menor duda, señor —dijo Mix.

—¿Se ha identificado a la víctima?

—Sí, señor. Se llamaba como yo, aunque todos le decían Will. El apellido es Orrit. Tenía unos cuarenta y cinco años y era un ratero de poca monta. Pero hemos conseguido informes que nos lo presentan como un soplón profesional.

—¿Confidente nuestro?

—Del que mejor pagara sus servicios.

—A mí no me pidió dinero por darme el nombre del asesino de Thomaston.

—Acaso tenía usted una cuenta pendiente con el tipo y se dijo que podía hacerle un servicio gratis.

—Sí, es posible —convino Garfield—. Will, procure averiguar todo lo que pueda acerca de Orrit. Ya sabe, relaciones, amistades, lugares que frecuentaba... Ah, y visite también las armerías de la ciudad, para ver quién ha comprado en los últimos tiempos un revólver o pistola calibre veintidós.

—Bien, señor. ¿Algo más?

—Por ahora eso es todo —respondió al joven, tras una ligera reflexión.

Mix se marchó y Garfield quedó estudiando un informe de Balística. También tenía el del forense, pero no le decía nada que él no supiese ya. Dos balas en el corazón, otra un poco más abajo y la cuarta en el hombro derecho, lo que indicaba que el impacto se había producido cuando Orrit caía hacia delante.

Durante un buen rato, permaneció inmóvil, sumido en sus reflexiones. De pronto se dijo que tal vez resultaría interesante un rato de conversación con Jeff Rustler, el dueño del «Golden Castle». Orrit se lo había recomendado.

Se puso de mal humor. Pensar que iba a ver nuevamente a Evalee y que, si le dirigía la palabra, sólo recibiría desdenes, era algo que no le resultaba agradable.

* * *

Estaba apoyado en la pared, con aire negligente, junto a la puerta del despacho privado de Rustler y le vio venir, flanqueado por sus dos inevitables guardaespaldas. Rustler reconoció al joven y se paró ante él.

—Quiere verme, sargento —dijo.

—Si —respondió el joven escuetamente.

Rustler hizo un gesto con la cabeza.

—Entre —invitó. Sin mirarlos siquiera dio una orden a sus secuaces—: Que nadie me moleste hasta que haya salido el sargento

Garfield.

Rustler sacó una llave de uno de sus bolsillos y abrió la puerta. Cruzó el umbral, dirigiéndose rectamente hacia el lujoso bar que había en uno de los ángulos de la vasta estancia.

—Supongo que, estando de servicio, no querrá beber —dijo con cierta ironía.

—No soy tan reaccionario —contestó el joven alegremente—. De lo bueno, por favor.

—Claro. Yo no bebo nunca desinfectante.

Rustler puso *whisky* en dos vasos, añadió hielo y llevó uno al visitante. Luego se sentó en un ángulo de su mesa con gesto desenvuelto.

—Le escucho, sargento.

—Thomaston.

Rustler tomó un trago.

—Me lo temía —dijo.

—No pertenezco a la brigada contra el Vicio, ni soy de antidroga, pero sé que juega honestamente y que usted no permite ciertas cosas que suceden en otros locales. Pero le asesinaron a un hombre de confianza, posiblemente, el que usted consideraba como su mano derecha, más aún que su jefe contable.

—Es cierto —admitió Rustler sin pestañear—. Thomaston y yo éramos grandes amigos.

Su muerte me afectó muchísimo.

—Me lo imagino. ¿Cree que se confiaba más con usted que con la señora Clarabelle?

—¿Por qué dice eso? —preguntó el dueño del casino, sorprendido.

—Si eran tan amigos...

—Aun con el mejor amigo, uno siempre se guarda secretos para sí.

—Por tanto, no puede decirme nada sobre la muerte de Thomaston.

—¿Por qué no lee mis declaraciones anteriores? Están en la Jefatura, sargento.

—Ya las he leído. Pero en esas declaraciones no figuran dos datos importantes.

—Lo dije todo...

—¿De veras? Entonces, ¿por qué se calló que en el momento de su muerte, Thomaston llevaba encima nada menos que sesenta mil dólares en billetes de máxima denominación?

Rustler lanzó un juramento en voz baja.

—¿Cómo lo ha sabido? —masculló.

—Ese dinero... ¿tenía algún fin... deshonesto?

El vaso que Rustler tenía en la mano se vació de golpe.

—Chantaje, maldita sea su alma —dijo al cabo.

—Ah, chantaje... ¿por qué?

—No tiene nada que ver con la muerte de Thomaston.

—Usted le encargó que pagara al chantajista. Thomaston, a la fuerza, tenía que saber por qué tenía que entregar una suma tan elevada a un desconocido.

—Precisamente por eso lo hice; quiero decir, pagarle en billetes de mil. Había tomado la numeración previamente, ¿comprende?

Garfield sonrió irónico.

—¿Pensaba que usted podría localizar acaso el origen de esos billetes y desenmascarar así al asesino?

—Exactamente, sargento. Presentía que ese bastardo vendría al casino a jugar y que acabaría cambiando algún billete. El cajero estaba advertido y me avisaría de inmediato.

—¿Ha aparecido el chantajista?

—No. Pero vendrá, créame.

—¿Cómo puede estar tan seguro, Jeff?

—Es un jugador. Perdió y me montó una encerrona. ¿Quiere saberlo? No sé cómo se las arregló, pero me colocó una partida de naipes marcados para las mesas de «veintiuno». Los *croupier* no lo habían notado, pero él amenazó con divulgarlo, si no le pagaba esa suma. Yo comprobé un mazo de cartas y, efectivamente, estaban marcadas. El tipo habría armado un escándalo en cualquier momento, al perder, aunque hubiera sido un juego honesto, pero ¿quién nos hubiera creído a nosotros?

—Un tipo astuto, evidentemente —calificó Garfield—. De modo que usted espera que venga algún día...

—Le degollaré vivo. Luego les entregaré a ustedes lo que quede de él —contestó Rustler violentamente.

—Gracias por tan generosos propósitos. Y ahora, conteste a la segunda pregunta que debo formularle. ¿Por qué tuvo que morir

Thomaston a veinte millas de Garrysville?

—Hombre, eso salta a la vista: fue al lugar indicado por el chantajista para la entrega del dinero.

Garfield frunció el ceño.

—Iban a darle sesenta mil dólares sin contrapartida...

—Sargento, yo compro los paquetes de cartas por toneladas. Tengo cajones enteros repletos de naipes. ¿Cómo saber dónde estaban las marcadas?

—Pero antes dijo que las había encontrado...

—El chantajista señaló un punto, a modo de muestra de que no estaba hablando en broma. Por lo tanto, le creí. ¿No habría hecho usted lo mismo en mi lugar?

—No lo sé, yo no soy dueño de un casino —sonrió Garfield.

—El modo de ver las cosas tiene que ser distinto, lógicamente. ¿Algo más, sargento?

—Sí, dos cosas. Primero: Thomaston parece, se quejaba de cuatro tipos que podían darle un disgusto. ¿Sabe algo sobre el particular?

—Es la primera noticia que tengo —respondió Rustler—. Nunca oí a Hugh nada semejante, créame.

—La señora Woodson si se lo oyó, pero, desgraciadamente, sin más detalles. Investigaré por otro lado, porque creo que puede resultar una pista interesante. Y, segundo y último: necesito una lista de los números de esos billetes de mil dólares, destinados a pagar al chantajista.

—No me gusta... —empezó a decir el dueño del casino, pero Garfield no le dejó seguir hablando.

—No divulgaremos el origen de esos billetes y, además, debe tener en cuenta de que se trata de dinero robado —concluyó, tajante.

CAPÍTULO IV

Abrió la portezuela del coche y se sentó tras el volante. Entonces advirtió la presencia de un pasajero inesperado en el asiento contiguo.

—Hola —saludó Evalee.

Garfield la contempló durante algunos segundos.

—Pensaba que no querías ni siquiera decirme esas cuatro letras —contestó—. Por eso no te saludé en el casino.

—Tengo mi coche en el taller. Se me ocurrió ahorrarme el importe de un taxi de vuelta —sonrió ella.

Garfield dio el contacto.

—El pasaje es gratuito, desde luego.

Salieron del estacionamiento y tomaron la amplia avenida. Evalee encendió un cigarrillo y se lo puso en los labios a su acompañante.

—¿Qué tal van las cosas, Brad?

—Psé —dijo él ambiguamente—. No hemos averiguado gran cosa.

—¿Te sientes descorazonado?

—Sé de sobra que esto no es labor de un día. Uno se arma de paciencia o, de lo contrario, tiene que abandonar.

—Thomaston era un buen hombre. Muy rígido, pero así convenía al negocio.

—Se metió en un feo asunto. Tal vez por hacer un favor a Rustler. Debería haberse quedado quietecito en su casa. El problema era del otro, no suyo.

—Tú también hechas sobre tus espaldas problemas que no te conciernen, me parece —dijo Evalee punzantemente.

—Es mi profesión, encanto. —Ya, ya lo sé.

Evalee exhaló una bocanada de humo del cigarrillo que había encendido también.

—¿Qué pasará si fracasas, Brad?

Garfield se encogió de hombros.

—No se me ha ocurrido contemplar esa posibilidad —respondió—. Un hombre ha muerto por saber información sobre el asunto. Eso significa que el asesino tiene miedo a ser descubierto.

—Y te obliga a continuar la investigación.

—Lógico, ¿no?

Callaron unos momentos. Luego, Garfield volvió a hablar:

—Estuve con Clarabelle Woodson, como me recomendaste. Dijo algo que puede ser interesante, Evalee. Rustler ase gura no saber nada, pero, según parece, Thomaston estaba preocupado por cuatro tipos que, según le oyó decir la señora Woodson, podían o iban a darle un disgusto. Thomaston hablaba consigo mismo, de modo que no lo comentó con Clarabelle y ésta no sabe más sobre el tema. ¿Y tú?

Ella sacudió la cabeza.

—Nada, en absoluto —repuso.

Garfield lanzó un profundo suspiro.

—Estoy a la entrada del túnel y es muy largo y está oscuro, y ni siquiera se ve la salida, pero acabaré por encontrarla —dijo.

De nuevo guardaron silencio y no hablaron hasta que Garfield detuvo el coche frente a la casa donde vivía Evalee.

—Gracias por el transporte —dijo ella.

—Gratuito —sonrió Garfield—. Ni siquiera te pido que me invites a una copa.

—No pensaba hacerlo, Brad.

—Por eso me abstuve de solicitarlo, Evalee —dijo él pesarosamente—, ¿es posible que todo lo que hubo entre nosotros se haya convertido en un puñado de cenizas frías?

La joven le dirigió una larga mirada.

—Ya sabes de quién es la culpa —respondió.

—Ya, ya —dijo Garfield con rabia—. No te gusta el papel de esposa solícita y amante, esperando la llegada del marido, de vuelta de su trabajo, con las zapatillas y el periódico a punto. Luego un aperitivo y después la cena... Esa imagen familiar y apacible no te seduce, en absoluto, ¿verdad? Prefieres el bullicio del casino, las

miradas de admiración de los hombres, los vestidos elegantes ...

Evalee abrió la puerta bruscamente y se apeó de un salto.

—Has dicho la verdad, pero no «toda» la verdad —se despidió con gran frialdad.

Con los labios prietos, Garfield la contempló alejarse, cruzando la acera con vivo taconeo, hasta desaparecer en el interior de la casa. Furioso consigo mismo, tuvo que admitir que Evalee había sido certera en su respuesta.

—¿Por qué no somos capaces de ceder los dos un poco? —se lamentó de nuevo, mientras volvía a poner el coche en movimiento.

* * *

—Tengo una noticia para usted, sargento —anunció Mix al día siguiente, en la oficina.

—Será interesante, supongo, Billy. —Creo que sí. Orrit tenía un socio.

—¿Un socio? —se extrañó Garfield.

—En efecto, por raro que pueda parecer. Trabajaban juntos o separados, según conviniera, intercambiaban informaciones, estudiaban los posibles beneficios de la venta de tales informaciones y luego, actuaban en consecuencia, repartiendo las ganancias como buenos hermanos, a pesar de que no tenían el menor lazo de sangre.

—Muy interesante, Billy. Supongo que sabré el nombre de ese socio.

Mix sacó una libreta y la abrió para leer:

—Manni Pinero, «Manni» con «i» latina —subrayó—. Westerley, dos mil ciento cincuenta y cuatro.

—Iremos a verle en cuanto haya echado un vistazo a estos informes, Billy —prometió el joven.

—Sí, desde luego. Otra cosa, sargento: le he dejado una lista de las personas que compraron un arma, pistola o revólver, del calibre veintidós, durante el último año.

Mejor dicho, desde un año a esta parte.

—¿Por qué tanto tiempo, Billy?

—Bueno, quizás el asesino lo planeó con mucha anticipación...

La puerta del despacho se abrió de pronto y Amanda Thayer entró desenvueltamente, para sentarse en un ángulo de la mesa.

—¿Qué me cuentan estos sabuesos? —preguntó jovialmente—. ¿Alguna novedad en el caso Thomaston?

Garfield miró a la joven y sonrió.

—Billy, la austeridad de este despacho desaparecería si pudiéramos tener a esta hermosa dama en este despacho en una urna, ¿no le parece?

—Brad, ¿piensa acaso que soy yo mujer para permanecer encerrada en un fanal? —rió ella.

—Bueno, tanto como eso, puede que no, pero sí que estás como para secuestrarte y tenerte encerrada donde nadie te vea y durante toda la vida. Billy, ¿no lo haría usted de buena gana?

Amanda recorrió con la vista la figura del policía y sonrió.

—Billy Mix, como se descuide, quien le secuestrará a usted seré yo —exclamó.

El muchacho enrojeció. Garfield hizo un gesto con la mano.

—Aguárdeme fuera; saldré en seguida —dijo.

—Sí, señor.

Amanda abrió su bolso y sacó cigarrillos.

—¿Alguna pieza en perspectiva, Brad?

—Es posible.

—Vamos, vamos, confía en mí. No publicaré nada hasta que tengas todo resuelto. ¿De qué se trata?

—Orrit. Tenía un socio.

—Ah, interesante.

—Conseguían información y la vendían. O tal vez la almacenaban, para utilizarla en su momento.

—¿Chantaje?

Garfield hizo un gesto de duda.

—No lo creo. Tengo la sensación de que, al menos Orrit, estimaba esa rama del delito como momentáneamente productiva, pero arriesgada a la larga. Era hombre listo.

—Lo cual no le sirvió de nada a la hora de parar cuatro balas con el cuerpo.

—Si un ordenador se equivoca a veces, ¿no se equivocará también un ser humano?

—Filósofo estás —rió ella—. ¿Vas a ver al socio?

—Ésa es nuestra intención, encanto.

—Os acompañaré, Brad.

Garfield torció el gesto. Amanda levantó una mano:

—Recuerda, todo «*off record*», hasta la solución del caso.

—Muy bien, conforme. Sólo espectadora, no actora.

—Me gustan las películas de tiros, pero por nada del mundo me gustaría ser protagonista de una cosa semejante en la vida real —dijo Amanda, a la vez que se apeaba de la mesa.

Al hacerlo, arrastró algunos papeles, que cayeron al suelo.

—Oh, qué tonta... Dispensa, Brad.

—No tiene ninguna importancia —contestó él, a la vez que se agachaba para recoger los papeles. Todavía inclinado, miró hacia arriba—. Vaya panorama —exclamó riendo.

—¿Tengo las piernas bonitas, Brad?

—Preciosas, las más bonitas que he visto en mi vida.

—Las de Evalee Simpson, ¿no valen más que las mías?

Garfield se irguió muy serio.

—Eso terminó hace tiempo ya —repuso.

—Pero tú te acuerdas todavía de ella.

—Empiezo a olvidar —mintió el joven.

Amanda le miró comprensivamente.

—Sí, es lo mejor en estas situaciones —concordó.

Salieron juntos. Mix aguardaba junto a la puerta.

—Billy, la señorita Thayer viene con nosotros —dijo Garfield.

—Perfectamente, señor —contestó el muchacho, sin mostrar extrañeza—. Voy a buscar el coche en el garaje subterráneo y les aguardaré en la entrada principal.

—Sí, está bien, muchas gracias.

Garfield y la periodista caminaron juntos hacia el ascensor. Cuando descendían ya hacia la planta baja, Amanda se volvió hacia el joven.

—Brad, ¿qué harás el domingo? —preguntó.

El se encogió de hombros.

—No tengo un plan definido —contestó.

—¿Por qué no vienes a comer en mi casa?

—¿Me invitas, Amanda?

—Eso es lo que estoy haciendo, ¿qué me contestas?

—Bueno, no creo que suceda nada importante...

—No hace falta que hagas testamento previamente —rió ella—. Hay un buen restaurante a unos mil metros y pediré que me envíen

servicio para dos.

—No te atreves a guisar, ¿eh?

—Si comiese yo sola, no me importaría, pero no quiero que mi invitado corra riesgos.

—Como policía, no puedo demostrar miedo ante el peligro.

—Eres un chico valiente. Por cierto, comerás en la casa de la Avenida Fredericksburg.

¿Sabes dónde está?

—¿Tienes otra cosa además del apartamento en el centro? —se extrañó él.

—Me la dejó tío Phil en herencia... Bueno, nos la dejó a mi hermana Rosalie y a mí, pero ella no la utiliza, no le gusta y no nos ponemos nunca de acuerdo para venderla. Yo suelo ir allí los fines de semana, porque está relativamente aislada y me concentro mejor para el trabajo. Estoy escribiendo un libro, ¿sabes?

—Oh, interesante. ¿Tema?

—La saga imaginaria de una familia que empiezan buscando oro y encuentran...

—Petróleo.

—No, cobre, que vale tanto como el oro y el petróleo.

—La leeré cuando te la publiquen, te lo prometo.

—Gracias. La casa es la última del lado norte y está a unos cincuenta metros de la inmediata. Es un sitio muy bonito y antes estaba más aislada. Hace dos años, tan sólo, las primeras casas de Garrysville quedaban a mil quinientos metros. —La ciudad ha crecido mucho en los últimos tiempos, no cabe duda.

El ascensor se había detenido ya, ambos salieron al encuentro de Billy Mix, quien aguardaba con el coche en marcha, frente a la entrada principal de la Jefatura.

CAPÍTULO V

Billy Mix detuvo el coche no lejos de la casa donde vivía el socio de Orrit y todos los ocupantes se apearon. Garfield y Mix iban provistos de sendos transmisores de radio, a fin de coordinar la operación.

—Es posible que trate de escapar por la escalera de incendios —opinó Garfield—. Impídaselo, Billy.

—Sí, señor.

Mix echó a andar hacia el callejón lateral. Garfield se volvió hacia la periodista.

—Amanda, tú detrás de mí, con la boca cerrada y sin hacer nada que yo no te ordene.

¿Entendido?

Los ojos de la joven brillaban por la excitación del momento.

—Sí, querido.

Garfield se sorprendió al oír la respuesta, pero no hizo ningún comentario, aunque casi se echó a reír. Luego, con paso resuelto, emprendió la marcha hacia la casa.

Pinero vivía en el cuarto piso. Garfield llamó a la puerta poco después.

—Manni, abra —dijo—. Es la policía...

La voz de Mix resonó en aquel momento en su transmisor.

—No se moleste, sargento. Pinero está muerto. Ahora entro para abrirle la puerta.

Garfield sintió que se le paraba la respiración. A su lado, Amanda se tapó la boca con una mano.

—Dios mío...

Mix abrió la puerta instantes más tarde. Desde el umbral, Garfield vio a un hombre sentado en una butaca, con la cabeza

ladeada y la boca abierta. Un poco de baba había brotado de sus labios y resbalado por el cuello hasta la camisa sin corbata. —Hace mucho rato que ha muerto— dijo Mix—. Está completamente frío.

—No se observa señal de violencia...

Mix señaló un vaso que había encima de una mesita y en aquél todavía se apreciaban algunos restos de líquidos.

—¿Un veneno? —sugirió.

Garfield sacó un pañuelo, cogió el vaso y lo olisqueó durante algunos segundos.

—Cianuro, diría yo.

Amanda parecía haberse recobrado de la impresión.

—¿No fue capaz de olerlo antes de beber? —dijo.

—Bueno, quizá el olor del alcohol enmascaró el del cianuro en un principio. Además, ya sabes lo que hacen muchos: ponen licor en un vaso y lo despachan de un trago. Cuando quiso darse cuenta ya era tarde.

Repentinamente se oyó ruido en la cocina.

Alguien había tirado un objeto frágil al suelo y se había roto en mil pedazos. El sonido de vidrio roto resultaba inconfundible.

Garfield y Mix reaccionaron al mismo tiempo, instantáneamente, sacando sus pistolas, para situarse a ambos lados de la puerta. Amanda corrió a refugiarse tras un butacón.

El silencio se hizo de nuevo. Garfield lo rompió con una intimación hecha en alta voz:

—¡Policía! Salga de ahí con las manos en alto, sea quien sea...

Una temblorosa voz de mujer se dejó oír en el acto:

—No disparen. No estoy armada.

Garfield cambió una mirada con el muchacho. En silencio, le dijo: «A pesar de todo, no se fíe». Mix hizo un gesto de asentimiento y los dos hombres aguardaron, sin dejar de lado las precauciones.

* * *

La mujer salió muy despacio, con las manos en alto y el bolso colgando del brazo izquierdo. Andaba ya por los cuarenta años y el pelo era visiblemente teñido.

—¿Quién es usted, señora? —preguntó Garfield.

—Me llamo Hattie Emmer —contestó ella—. Pero yo no he

matado a Manni; ya estaba muerto cuando llegué...

—¿Hace mucho tiempo?

—Unos minutos antes que ustedes. —De pronto Hattie se sentó en una silla y rompió a llorar—. Pobre Manni, no puedo quitármelo de la cabeza...

Garfield hizo un gesto a su subordinado.

—Empiece a usar el teléfono, Billy —ordenó—. Ya sabe: ambulancia, forense, los de Huellas... Ah, y el vaso, al laboratorio, para que analicen los restos de líquido.

—Sí, señor.

Garfield se apoderó luego del bolso de la mujer.

—Permítame, señora.

En el bolso no había nada de particular. Garfield lo cerró y se lo devolvió a su dueña.

—Lo lamento, pero tengo que hacerle algunas preguntas, señora Emmer.

Hattie se secó los ojos con un pañuelo.

—Sí, señor, lo que usted diga.

—Me llamo Garfield y soy sargento de la Policía —se presentó el joven—. ¿Conocía usted a Manni Pinero?

—Sí, señor.

—Si entró en la casa, era porque tenía llave, ¿no es cierto?

—Vivíamos juntos, sargento.

—Oh, comprendo. Yo diría que Manni murió a la madrugada. ¿No estaba con él entonces?

—No. Yo trabajo de noche... bueno, esta semana, me toca el turno de noche en un parador de carretera. Una compañera faltó y tuve que permanecer más tiempo del que correspondía; por eso he venido algo tarde —explicó la mujer.

—Entonces, no tenía la menor idea de lo que se iba a encontrar al llegar a casa.

—¿Cómo podía esperarme una cosa semejante? —sollozó Hattie—. Manni era muy buen amigo...

—Se relacionaba con un tal Will Orrit. ¿Lo sabía?

—Eran amigos, es todo lo que puedo decirle.

—Tenían negocios juntos. ¿Nunca le comentó nada al respecto?

—Bueno, sé que eran íntimos y que, a veces, ganaban algo de dinero, pero Manni nunca explicó...

Las palabras de Hattie tenían cierto tono de insinceridad que Garfield no dejó de apreciar. ¿Qué sabía aquella mujer de las acciones de dos sujetos que, sin duda, estaban relacionados con la muerte de Thomaston y que ya no podrían hablar?

—No podré vivir sin él —gimió Hattie—. Era tan bueno, tan cariñoso...

Quizá estaba equivocado y era demasiado suspicaz, se dijo el joven.

Había algunos cajones abiertos en una consola cercana, observó de pronto. Un par de papeles estaban caídos en el suelo. ¿Había cogido Hattie algo de importancia?

—Señora, tengo que registrarla —dijo.

Hattie se irguió en su asiento.

—No dejaré que me manosee ningún hombre...

—Puede hacerlo la señorita —indicó Garfield—. Amanda, ¿te atreverías?

—Claro que sí —contestó la aludida poniéndose en pie.

Hattie se levantó también.

—Eso ya es otra cosa, pero conste que no tengo nada que ocultar —declaró firmemente.

Al pasar por su lado, Garfield se inclinó hacia el oído de Amanda.

—Procura sonsacarla —susurró.

Amanda hizo un gesto de inteligencia. Las dos mujeres desaparecieron por la puerta que conducía al dormitorio principal del apartamento.

De pronto, Garfield oyó un grito sofocado en la entrada y se volvió. Bajo el dintel, una mujer de unos cincuenta años, con rulos en la cabeza y vestida con una bata muy usada, contemplaba el cadáver de Pinero con los ojos desorbitados.

—¡Está muerto! —chilló.

Garfield se acercó a la puerta para cerrarla.

—Señora, vuelva a su apartamento —ordenó.

—¿Policía? —preguntó la mujer.

—Sí. —Garfield enseñó la placa y dio su nombre y grado—. Déjenos solos, por favor.

—Espere un momento, sargento —pidió la mujer—. Tengo algo que decirle y puede resultar interesante.

—Muy bien, hable, señora...

—Lobert, Maud Lobert —se presentó la curiosa vecina—. Vi a Manni llegar con una mujer, sobre las cinco de la madrugada, cuando todavía era de noche.

—¿Le gusta madrugar, señora? —sonrió Garfield.

—No, claro que no; pero tenía sed y me levanté a beber un poco de agua. Entonces, oí risas en el pasillo y me asomé, Eran Manni y la mujer.

—Hattie Emmer, sin duda.

—No, no era Hattie, la conozco muy bien. Era otra, una furcia de las que aguardan a los hombres en una esquina. Muy morena, pintada hasta las orejas, con falda de cuero negra, abierta por un costado, medias negras y zapatos que más parecían zancos, por el tacón tan alto.

—Es usted muy observadora, señora Lobert. Dice que Manni y la mujer llegaron a las cinco de la mañana...

—Y se metieron en el piso, abrazándose y besándose desvergonzadamente. Si la pobre Hattie lo hubiera visto, se habría llevado el disgusto de su vida, créame.

—No me cabe duda, señora. ¿Sabe a qué hora se fue la acompañante de Manni?

—Oh, no, en absoluto. Me volví a la cama y me quedé dormida. Ya no me preocupé más del asunto, aunque, desde luego, pensaba decírselo a Hattie en cuanto tuviera ocasión. —Maud hizo un gesto de desprecio—. Los hombres son todos iguales, aunque no lo digo por usted, que parece un buen chico.

—Muchas gracias, señora —sonrió el policía.

—Mi marido, que en paz descanse, era también un elemento de mucho cuidado. En cuanto le volvía la espalda...

Repentinamente, se oyó un agudísimo chillido en el dormitorio.

La voz de Amanda resonó con trémolos de indudable angustia:

—¡No sea loca! ¡No haga eso, Hattie!

El chillido se repitió. Luego, un extraño ruido, muy apagado, llegó a oídos de los presentes.

Amanda apareció, terriblemente alterada, tambaleándose como si se hubiera emborrachado.

—Brad... —jadeó—. Hattie... se ha tirado por la ventana... He tratado de impedírselo, pero me ha sido imposible...

Garfield observó que la blusa de la joven estaba desgarrada por el hombro izquierdo. Mientras Mix se precipitaba hacia el dormitorio.

Amanda no pudo continuar. Bruscamente, extendió los brazos, como si buscara un apoyo, a la vez que cerraba los ojos.

Garfield saltó hacia delante, sin poder evitar la caída de la periodista, desmayada por la impresión recibida. Mix salió a los pocos instantes, con el rostro cubierto de sombras.

—Está en el patio interior, creo que muerta —dijo.

Se oyó otro golpazo. Garfield se volvió y divisó a Maud Lobert tendida en el suelo también sin conocimiento.

CAPÍTULO VI

Dormía profundamente, cuando a través de las brumas del sueño, un estridente sonido hirió su cerebro. Tanteando, alargó la mano y descolgó el teléfono.

—Garfield —dijo con voz pastosa.

—Buenos días, perezoso. Hace un tiempo estupendo. ¿Por qué no vienes conmigo a tomar un poco el aire y el sol, y a disfrutar de las frescas aguas del embalse?

—Estoy soñando —murmuró Garfield—. No puedes ser tú. Evalee Simpson no haría jamás una proposición semejante.

Al otro lado de la línea sonó una alegre carcajada.

—Me has pillado en un día de buen humor —dijo ella—. ¿Cuánto tardarás en estar listo, Sherlock Holmes?

—No me recuerdes la profesión, que me pongo enfermo.

—Si dimitieras...

—Evalee, ya conoces mi modo de pensar sobre el particular. Si piensas seguir mencionando el tema, renuncio a tu compañía.

—Está bien, tipo gruñón. Pasaré a recogerte dentro de treinta minutos. ¿Hace?

—De acuerdo, pero ¿cómo es que has madrugado tanto?

—Ayer fue mi día de descanso semanal. Hasta la noche, no tengo que volver al trabajo.

—Comprendo. Bien, hasta dentro de media hora.

Garfield se levantó rápidamente, se aseó y, después de tomar una taza de café, puso una toalla y el bañador en una bolsa y descendió a la calle.

Evalee llegó apenas un minuto más tarde, conduciendo un deportivo blanco, con la capota recogida. Sus rubios cabellos estaban ceñidos por una ancha cinta azul y a Garfield casi se le cayó

la baba al contemplar aquella estampa de frescura y juventud, con su atuendo deportivo, tan distinta a la sofisticada mujer que dirigía con pericia una mesa de juego.

—Me siento pasmado —dijo, tras arrojar su bolsa al asiento posterior—. ¿A qué se debe tan sorprendente invitación?

—¿No añades también agradable? —sonrió ella, mientras hacía arrancar al coche de nuevo.

—Se da por sentado, pero si quieres oírlo, lo diré. Una agradabl...

—Basta —cortó Evalee con un gesto de su mano—. Si seguimos así, empezaremos a hablar otra vez de temas personales.

—Ah, no me has llamado para eso.

—¿Acaso habías llegado a hacerte ilusiones?

—Dispensa, soy un tipo optimista por naturaleza. Bien, en tal caso, si tienes algo que decirme, ya puedes empezar.

—No tengas prisa. Ya llegará el momento. Dime tú, ¿cómo van las cosas en el asunto Thomaston?

Garfield se encogió de hombros.

—Complicándose cada vez más —respondió sombríamente—. Me da miedo interrogar a otras personas, temeroso de encontrármelos muertos o que mueran cuando estoy con alguno de ellos.

—Como sucedió con Pinero y Hattie Emmer, ¿no?

—Sí, en efecto.

—A él lo envenenaron...

—Una furcia lo engatusó y se dejó llevar a su apartamento. Le puso cianuro en el *whisky*...

—Entonces, ¿hemos de deducir que el asesino es una mujer?

—O un travesti, ocasional para el momento.

—Ya. ¿Y Hattie Emmer?

—Amanda Thayer estaba con ella, registrándola. Hattie se quedó muy deprimida y, en un momento de descuido, se tiró por la ventana al patio interior. Son cuatro pisos, cayó de cabeza y... figúrate el resto, si se piensa que el suelo es de cemento.

Evalee se estremeció.

—Horrible —murmuró—. ¿Crees que todos ellos tenían relación con el asesinato de Thomaston?

—No cabe la menor duda. Orrit, y Pinero llegaron a saber algo.

¿Amenazaron al asesino pidiéndole dinero para callar?

—Si te lo iban a decir a ti, por lo menos Orrit, pedir dinero al asesino no tiene ningún sentido.

—Eso es lo que me vuelve loco. ¿Cómo supieron ellos quién era el asesino?

—Te falta otra pregunta por formular, Brad —dijo Evalee.

—¿Sí? ¿Cuál?

—¿Cómo supo el asesino que ellos conocían su identidad?

Garfield quedó silencioso durante unos momentos. Luego meneó la cabeza.

—No hago más que estrujarme el magín para dar con la solución, pero no lo consigo, por más esfuerzos que hago —respondió al cabo.

Ella le dio una afectuosa palmadita en la rodilla.

—Acabarás por encontrar al asesino, ya lo verás —dijo.

—Parece que tengas mucho interés en algo que realmente no te concierne.

—Pues lo tengo, pero no pienso decírtelo todavía —contestó Evalee.

—¿Cuándo?

—Ten paciencia; aún no ha llegado el momento.

* * *

Evalee nadaba perezosamente en las quietas aguas del embalse, cuyo muro de contención se divisaba a unos tres kilómetros de distancia, cerrando el espacio entre dos abruptas montañas. Había alquilado un bote de fondo plano, con un pequeño motor fuera borda, que les había llevado al centro del enorme lago artificial.

Apenas se veían embarcaciones: uno o dos balandros, de pequeñas dimensiones y otro bote análogo, además de un par de canoas movidas a remo. Prácticamente, estaban solos, con la tierra a más de quinientos metros de distancia.

El sol caía con fuerza. Evalee regresó a la lancha y trepó por la escalerilla adosada a la popa. Sentada en un banco, se secó un poco con la toalla y luego miró sonriente a Garfield.

—¿No te remojas un poco? —preguntó.

El joven miró hacia arriba con un solo ojo. Estaba en traje de

baño y ya tenía calor de sombra, por lo que, sin más, se zambulló al agua, procurando emerger cuanto antes. A varios metros de la superficie, la temperatura resultaba aún un tanto fría.

Nadó apenas diez minutos y, en seguida, regresó al bote, agarrándose con ambas manos a una de las bordas, para izarse sin necesidad de usar la escalera. Entonces, se encontró con la boca de una pistola a medio palmo de su frente.

La sangre se le heló instantáneamente en las venas. Evalee empuñaba la pistola con mano firme y su rostro parecía lleno de seriedad.

—Evalee...

Súbitamente, Evalee se echó a reír. Con la mano izquierda, enseñó el cargador del arma, repleto de balas. Luego hizo un gesto con la mano que sostenía la pistola.

—Anda, sube, tonto. Puedo odiarte en ocasiones, pero no tanto como para desear tu muerte —exclamó.

Garfield lanzó un par de maldiciones y se izó a bordo. Sentado en el banco de proa, dirigió a la joven una colérica mirada.

—¿Qué clases de broma te agrada gastar a la gente? ¿Te parece bonito amenazar a un hombre con su pistola y darle un susto de muerte?

—Te merecías el susto —respondió ella—, y demasiado conoces los motivos.

—En eso, las opiniones difieren, pero no seguiré discutiendo contigo. Ya que estás allí, junto al motor, arráncalo; volvemos a tierra.

—¡Espera! Tengo que decirte algo...

—¡No! —gritó el joven descompuestamente—. Si no quieres llevarme en la lancha me iré nadando.

Y se puso en pie, como para hacer efectiva su amenaza, pero entonces ella le tiró a los pies la pistola y el cargador.

—Toma —dijo—. Eso es lo que te quería enseñar y no deseaba hacerlo en lugares donde pudieran vernos. Es una pistola automática, calibre veintidós. Haz que los lleven a Balística y comparen uno de sus proyectiles con los que causaron la muerte a Thomaston.

Garfield se quedó estupefacto al conocer las intenciones de la joven.

—¿Creías que te considerábamos sospechosa?

—Averiguaríais que habría comprado una pistola de ese calibre, ¿verdad?

Garfield se dio de pronto una palmada en la frente.

—Mix me dio la lista, pero no me acordé de revisarla... —De súbito, alzó la voz—. Pero tú no mataste a Orrit; acababas de marcharte...

—¿Cómo lo sabes? Estuviste hablando con él durante algunos minutos, tiempo más que suficiente para que yo diese la vuelta al casino y llegase por detrás.

—Eso significaría que habrías advertido su presencia. ¿Tienes ojos de gato, Evalee?

—Gozo de vista excepcional, pero no soy nictálope. De todos modos, quiero que hagas la prueba. Mi nombre está registrado en la armería de Mitscher y Compañía, de modo que no tendría objeto negar la posesión del arma, para la cual, como puedes comprender, tengo todas las bendiciones legales.

Garfield meditó unos segundos, todavía en pie, mientras la contemplaba fijamente.

—¿Tienes miedo de algo o de alguien?

—No —contestó Evalee—. La compré para mi protección personal.

—El otro día no te sirvió de mucho.

—El tipo me pilló desprevenida. No volverá a sucederme otra vez, pero, no hace dos meses siquiera, un sujeto intentó asaltarme cuando iba a entrar en casa, a las dos de la madrugada. Me pareció sospechoso, metí la mano en el bolso y cuando se me acercó, le enseñé la pistola. Todavía tiene que estar corriendo, Brad.

Garfield asintió y se inclinó para recoger el arma y el cargador, que insertó en la culata con seco golpe.

—Está bien, pero algún día te haré pagar el susto que me has dado —dijo, ceñudo.

De repente, se oyó el sonido del motor de una lancha que se acercaba a buena velocidad.

Garfield volvió la cabeza instintivamente. La embarcación estaba propulsada por un motor de gran potencia y el sonido del mismo indicaba su gradual aceleración, con objeto de alcanzar la máxima velocidad.

La motora parecía enfilar directamente hacia la pequeña lancha. Garfield presintió el peligro.

—¡Evalee! ¡Al agua! —gritó—. Húndete todo lo que puedas, rápido.

* * *

La joven dudó un segundo, pero pronto se dio cuenta de que Garfield no bromeaba y, sin vacilar más, se tiró de cabeza al agua. Garfield dejó la pistola en el suelo de la embarcación y se zambulló, procurando ganar profundidad con cada golpe de tacón.

El fragor de la hélice llegó a sus tímpanos a través de las capas de agua.

Un momento abrió los ojos y miró hacia arriba, para ver la silueta de su lancha a contrasol, justo en el momento en que la otra embarcación pasaba rozándola, a menos de un metro de distancia.

Por encima del estruendo de la hélice, girando al máximo de revoluciones, percibió otro ruido, que no pudo identificar por el momento. Pero no tardó en ver unas extrañas hileras de burbujas verticales que habían aparecido súbitamente a dos o tres metros de la superficie.

«Nos está ametrallando, el muy hijo de perra», pensó.

El aire se le acababa en los pulmones y emergió a la superficie. Evalee asomó al mismo tiempo, agarrándose a la borda con ambas manos.

—¡Brad! ¿Qué ocurre? —gritó.

El joven hizo una flexión con ambos brazos para mirar por encima de la lancha. La otra embarcación estaba virando ceñidamente a menos de cien metros de distancia.

—Evalee, ese tipo vuelve otra vez —dijo—. Cuando yo te lo diga, sumérgete de nuevo.

Nos ha ametrallado, ¿sabes?

Ella exhaló un grito de horror. Garfield estiró un brazo y se apoderó de la pistola. Sosteniéndose por los sobacos, tiró de la corredera y envió una bala a la recámara.

—Calibre veintidós —bufó—. Es como usar piedrecitas para matar a un rinoceronte furioso.

La motora se acercaba cada vez más. Garfield divisó a un

hombre a los mandos, en pie, con un objeto negro y alargado en una de las manos.

—Una metralleta ligera. Puede disparar con una sola mano y compensará con exceso de proyectiles la falta de puntería — murmuró.

La bigotera de espuma originada por la proa de la motora, se agrandó extraordinariamente. Garfield se dejó caer, sujetándose a la borda con una mano, mientras procuraba mantener la pistola fuera del agua con la derecha.

—¡Ahora, Evalee!

La joven se hundió en el acto. Garfield se encogió instintivamente, mientras percibía el sonoro tableteo del arma y los chasquidos de las balas que perforaban los costados y el fondo de la lancha. Por el sonido, calculó que la motora estaba a punto ya de rebasarle y entonces asomó la cabeza por la proa.

La motora iniciaba la virada, muy amplia, sin perder velocidad. Garfield apuntó con cuidado y apretó el gatillo, antes de que la estela de la otra embarcación le diera literalmente una bofetada en pleno rostro.

El piloto de la motora se estremeció bruscamente y cayó hacia delante. Evalee asomó de nuevo.

—¡Brad! —gritó.

—¡Estoy bien! —contestó él, mientras contemplaba fascinado la vertiginosa carrera de la lancha atacante.

A unos ciento cincuenta metros, había un gran pontón, para nadadores y aficionados a los saltos, mediante el trampolín situado en la plataforma, a cinco metros sobre el nivel de las aguas. El conductor de la motora había perdido el conocimiento, sin duda, porque no intentó esquivar el pontón.

La motora, calculó Garfield, debía de ir a unos cuarenta nudos en aquellos instantes, unos setenta y cinco kilómetros por hora. El impacto resonó con tremendo fragor, mientras las astillas volaban por los aires en todas direcciones.

Un segundo después, se produjo una colosal explosión y una gigantesca bola de fuego subió a lo alto. Las llamas envolvieron instantáneamente los restos de la motora y se propagaron luego al pontón. El humo negro, aceitoso, subía a lo alto casi verticalmente, en un mediodía luminoso y sin apenas viento.

CAPÍTULO VII

Billy Mix entró en el despacho a la mañana siguiente y miró a su jefe con una ligera sonrisa en su rostro aniñado.

—Parece que ayer tuvo un día algo agitado, sargento —comentó.

Garfield hizo una mueca.

—Creí que sería una excursión de placer, pero, por lo visto, me equivoqué —rezongó.

—Todavía no han encontrado al piloto de la lancha. Los buscadores continúan rastreando, pero hay bastantes metros de profundidad y, además, el agua está muy turbia a cierta distancia de la superficie. —Eso es muy propio de todos los embalses, Billy.

—Además, y aunque no sea muy fuerte, hay corriente. Costará bastante encontrarlo... lo que quedó de él, claro.

—No quedaría mucho, en efecto —convino Garfield. De pronto sacó algo y lo puso encima de la mesa—. Envíele a Balística y que hagan la comparación de rigor —añadió.

Mix contempló asombrado la pequeña pistola que el joven acababa de dejar a la vista.

—¿De dónde la ha sacado, sargento?

—Pertenece a Evalee Simpson y la compró legalmente. Tiene licencia y me la entregó ayer, para que se realice esa prueba, a fin de quedar descartada de toda sospecha en las muertes de Thomaston y Orrit.

—Ah, ya entiendo...

—Compró la pistola en la armería de Mitscher. Ya lo he comprobado yo. Y fue una suerte que ella llevase la pistola, porque así pude alcanzar al tipo que quería liquidarnos. O, por lo menos, disparaba con la intención de quitarme de la partida.

—Entonces, ¿debo suponer que usted disparó contra ese tipo?

—Tenía que defenderme, ¿no?

—Las informaciones dicen que perdió el sentido, debido a un vahído, y que por eso se estrelló contra la plataforma.

—No lo he desmentido —sonrió Garfield—. Naturalmente, no puedo negar que nos disparó varias ráfagas de ametralladora; la lancha estaba llena de impactos y casi nos hundimos antes de llegar a la orilla. Pero no quise decir que había disparado... un solo tiro.

Mix silbó.

—¡Vaya puntería! —exclamó.

—Suerte, simplemente, Billy.

—Para el otro fue pésima. Está bien, le daré el informe lo antes que me sea posible.

—Gracias, Billy. A propósito, ¿hay alguna novedad en el caso Pinero?

Mix hizo un gesto negativo.

—Nada. Volví y registré la casa a fondo. Incluso despegué el papel en un par de habitaciones, pero fue una pérdida de tiempo.

Garfield frunció el ceño.

—Esos dos tipos, Orrit y Pinero, a la fuerza debían de tener apuntes, notas... No podían fiarlo todo a la memoria, creo.

—Parece lógico, en efecto. Si le parece iré al apartamento de Orrit y lo registraré también. Quizá encuentre algo interesante.

—Muy bien, Billy. Y, otra cosa: el tipo de la lancha, sin duda, era un profesional. Movilice a los confidentes. Alguien tiene que faltar de sus lugares habituales. Un hombre dejará de acudir a los sitios que suele frecuentar, aunque, desde luego, nadie sospeche que mataba por dinero.

—¿Usted cree?

—No me parece que fuese el asesino de Thomaston; de otro modo, el caso podría darse por concluido.

—Sí, eso pienso yo también.

Mix inició la retirada con la pistola de Evalee en la mano, justo en el momento en que entraba Amanda como un torbellino con faldas.

—¡Brad! —exclamó—. Me he enterado...

—Mi pellejo está intacto, pequeña —sonrió el joven.

Ella se puso una mano en el pecho.

—Cuando me dieron la noticia, creí que me iba a desmayar —manifestó—. No sería la primera vez, por otra parte, ¿verdad?

—¿Se te ha pasado ya lo de Hattie Emmer?

Amanda cerró los ojos un instante.

—Creo que me va a costar muchísimo olvidarlo —declaró—. Aquella mujer, chillando como una loca, atacándome porque quería impedir que se tirase por la ventana... —De pronto, se abrió la blusa y enseñó el hombro izquierdo—. Mira, todavía se ven los arañazos que me hizo...

Garfield carraspeó.

—No es necesario que enseñes más... aquí —dijo.

Ella sonrió.

—Dispensa, sólo quería que vieras...

—Es suficiente, Amanda. Gracias por tu interés.

—Te aprecio muchísimo, Brad. ¿Hay alguna novedad en el caso Thomaston?

—Bueno, el ataque del tipo que quiso matarme en el embalse, eso es todo por ahora.

—Debió de ser horrible, ¿no?

—Chocante, más bien, diría yo.

—¿Lo dices por el choque de la lancha contra el pontón? —rió Amanda.

—Lo decía en el sentido de la sorpresa, porque no esperaba una cosa semejante. —Sí, me lo imagino...— La periodista abrió su bolso y sacó cigarrillos. —Oh, me he olvidado el encendedor— exclamó.

Garfield hurgó en sus bolsillos y sacó uno, con el que prendió el cigarrillo que ella tenía en los labios. Al hacerlo, bajó la vista instintivamente.

—Un panorama excepcional —comentó.

Amanda hizo aletear sus espesas pestañas.

—Recuerda, el domingo estás invitado a comer —dijo.

—Puedes tener la seguridad de que no faltaré, a menos que se hunda el mundo.

—Si se hundiera, ninguno de los dos podríamos comer.

Espontáneamente, Amanda se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Adiós, tengo trabajo. No sólo he de ocuparme del caso

Thomaston, como puedes comprender.

—Claro, preciosa.

Al quedarse solo, Garfield levantó el teléfono y marcó un número. Una voz de mujer contestó a los pocos minutos:

—¿Sí?

—Buenos días, Evalee —saludó el joven cortésmente—. ¿Te he hecho saltar de la cama?

—No, acababa de levantarme. ¿Deseas algo?

—Llamaba solamente para saber cómo te encuentras, nada más.

—Ya me he recobrado, gracias. Estoy perfectamente, Brad.

—Lo celebro infinito. Ah, ya he enviado tu pistola a Balística. Te llamaré en cuanto tenga el informe y te la llevaré después al casino.

—Gracias, eres muy considerado conmigo.

—Es lo menos que puedo hacer por ti, Evalee. Adiós.

La conversación había tenido un innegable tono de frialdad. Garfield dejó el teléfono en la horquilla y juntó las manos en actitud pensativa.

«Esto no tiene remedio. Tendré que pensar seriamente en olvidarla», se dijo.

Al cabo de unos momentos, reparó en un papel que tenía encima de la mesa y lo cogió para leerlo.

Era la relación de las personas, que en el plazo de un año, habían adquirido una pistola o revólver de calibre 22. Los rifles quedaban excluidos, porque estaba probado concluyentemente que las balas homicidas habían partido de un arma corta.

El nombre de Evalee figuraba en la lista. Se alegró de que ella misma le hubiese dado la pistola, a fin de disipar posibles sospechas.

Pero, una vez más, pensó demasiado que ya era hora de que encarase su vida sentimental en otra dirección.

Amanda Thayer, por ejemplo, se dijo algo más optimista.

* * *

Billy Mix entró en el restaurante donde Garfield estaba almorzando y puso un documento delante de los ojos del joven.

—Informe de Balística, señor.

Garfield leyó rápidamente el documento. Aunque no mostró

ninguna alteración, interiormente, se sintió muy aliviado.

La pistola de Evalee no era la misma que se había empleado para matar a Thomaston y a Orrit. Impasible, dobló el papel y lo guardó en un bolsillo.

—Siéntese, Billy; le invito a almorzar —dijo.

—Gracias, señor, pero pensaba ir al apartamento de Orrit...

—Iremos los dos juntos.

—Sí, señor, como usted diga. ¿Puedo hacerle una pregunta, sargento?

—Todas las que guste, Billy.

—Es que se trata de algo muy personal...

—Tengo un vicio secreto, inconfesable —sonrió Garfield—. Cuando estoy solo en casa, me dedico a chupar caramelos de esos con palitos.

Mix se echó a reír.

—Tiene usted un admirable sentido del humor. Y eso, ¡es tan necesario en estos tiempos!

—Por supuesto, pero creo que iba a preguntarme algo personal, Billy.

—Es referente a la señorita Simpson. Por ahí se rumorea que usted y ella... Bueno, que parecía que iban a ser algo más que amigos...

Garfield bajó la vista hacia el plato.

—Ahora solamente somos conocidos.

—Comprendo. Señor, le ruego me dispense...

—Vamos, vamos, Billy, encargue su almuerzo o no llegaremos jamás al apartamento de Orrit —dijo el joven con fingida aspereza.

Media hora más tarde, salían del restaurante. Mix enseñó a Garfield la casa donde había vivido Orrit, cuyo aspecto no resultaba precisamente muy agradable.

—No vivía en un hotel de lujo —comentó.

—Esta clase de gente, ya se sabe —respondió Mix—. Sin embargo, alguno de ellos lo considerará como un palacio.

—Billy, sea un poco pensativo. No todos los que viven ahí son unos granujas. Hay más gente honrada de la que se cree, en este perro mundo.

—Sí, pero el «*modus vivendi*» de Orrit no era lo que se dice una profesión honorable, aunque no quebrantase la ley.

Garfield se apeó del coche. Guiado por el muchacho, entró en la casa y ambos subieron al segundo piso. Mix se detuvo ante una puerta.

—Aquí, señor.

Garfield tanteó el pomo. Con gran sorpresa suya, pudo apreciar que podía abrir la puerta.

Inmediatamente cruzó el umbral. Apenas había dado dos pasos, vio una escena singular.

Había una pareja, hombre y mujer, en un diván, acariciándose furiosamente. Mix lo vio por encima de los hombros de su jefe y dio un respingo.

—¡Caramba, qué espectáculo! —comentó sin poder evitarlo.

El hombre oyó ruido y se separó de la mujer, para levantarse a continuación. Garfield se quedó estupefacto.

Medía más de dos metros, pesaría unos ciento veinte kilos, calculó, y tenía unos brazos que parecían troncos de árbol. Vestía solamente un chaleco de cuero, con un taparrabos que apenas si cubría lo más preciso, sujeto a unas estrechas caderas con una simple cinta.

El color de la piel era tostado oscuro, la nariz un tanto achatada, los ojos negríssimos y el pelo muy rizado y abundante. Pendiente de la oreja izquierda, llevaba un arete de oro y usaba muñequeras de cuero negro, claveteadas en dorado.

—¡Cielos, vaya mole! —exclamó Billy.

La mujer, también de color, mucho más pequeña que el hombre estaba sin una sola prenda de ropa encima y huyó al interior de la casa, lanzando chillidos de pánico. El gigante frunció el ceño.

—¿Qué diablos hacen aquí? —bramó—. ¿Quién les ha dado permiso para entrar en mi casa?

Rehecho de la sorpresa, Garfield sacó su placa y se identificó.

—Eso no me importa en absoluto —contestó el individuo gigantesco—. El apartamento es ahora mío y ustedes no tienen nada que hacer aquí.

—Perdone, pero nos interesaría registrar...

—¡No!

—Admitimos su negativa, pero queremos saber su nombre. ¡Identifíquese! —exigió—. Me llamo Black Giant Rodd —contestó el hombretón orgullosamente—. ¿No le suena mi nombre, polizonte?

—Es un campeón de lucha libre —exclamó Mix.

—Exacto, chiquillo —dijo Rodd—. Y ahora, si no se van de aquí en el acto, les echaré a la calle, convertidos en serrín.

—Poco a poco —contestó Garfield—. Señor Rodd, le rogamos nos permita registrar su casa. Aquí vivía un tal Orrit, que fue asesinado...

—Lo sé.

—... Y sospechamos que pudo esconder documentos importantes. Tenemos interés en encontrarlos, eso es todo.

Rodd continuaba mostrándose belicoso.

—Les he dicho que no —barbotó—. Y ahora, lárguense o me obligarán a demostrarles quién soy yo.

Garfield sonrió burlón.

—Un pellejo repleto de aire —calificó.

El rostro del gigante se hinchó súbitamente. Cerró los puños, soltó una blasfemia y avanzó hacia el joven.

Garfield decidió tomar la iniciativa. Los tipos tan grandes, pensó, siempre tenían un punto muy débil.

El punto débil de Rodd estaba bien a la vista y le dio un buen toque con la puntera de su zapato.

CAPÍTULO VIII

Rodd lanzó un rugido y se inclinó hacia delante, con las manos en la entrepierna. Garfield decidió no correr más riesgos y, sacando su revólver, apoyó el cañón en la rizada cabellera del gigante.

—Black Giant, no nos estorbes o te daré motivos para sentirlo —dijo.

Luego le empujó con la mano izquierda, arrojándolo sobre el diván. Sentado, todavía con las manos en el mismo sitio, Rodd le miró con odio.

—Una fea jugada, sargento —se quejó.

—Tú te lo has buscado —replicó el joven, impasible.

—Se lo haré pagar...

—Al primer movimiento hostil, te partiré un remo de un balazo. Luego diré que debía defenderme de un ataque injustificado.

—Están en mi casa sin orden judicial.

—¿Tienes los documentos de alquiler del apartamento?

Rodd se quedó desconcertado. Sonriendo, Garfield enfundó el revólver de nuevo.

—Si el contrato es verbal, yo puedo decir que tengo tanto derecho a estar aquí como tú. Ahora bien, si hay un contrato escrito, me retiraré, pero mi acompañante se quedará en la puerta, mientras yo voy a buscar esa orden judicial. ¿Está claro?

—Dijeron que hoy nos traerían el contrato, pero el administrador no ha venido todavía —contestó Rodd de mala gana.

—Perfectamente. En tal caso, no tendrás inconveniente en que registremos el apartamento. Te prometo que lo dejaremos todo en orden, ¿eh?

—Es inútil. Perderán el tiempo. Otra persona ha estado aquí ya antes que ustedes.

Garfield se quedó con la boca abierta.

Rodd tenía que ser sincero. ¿Por qué iba a mentir si no tenía por qué saber que había alguien más a quien podía interesar los documentos del difunto Orrit?

—¿Quién ha sido? —preguntó.

—Una mujer. Nunca la había visto antes de ahora —contestó Rodd—. Me dio una buena «pasta» y, ¿por qué iba a negarme a que registrase la casa?

Garfield procuró reponerse de la sorpresa.

—Describe a la mujer —pidió secamente.

—Bastante alta, pero es porque llevaba unos tacones de más de diez centímetros... Muy pintada y con el rostro tostado, casi como si tomase baños de sol. Pelo negro, abundante, ropa oscura, muy ceñida, con falda de cuero... Las medias negras... Ya no recuerdo más.

Garfield pensó instantáneamente en la mujer que había visto la señora Lobert.

—¿La habías visto antes alguna vez?

—No. Vino muy pronto y nos pidió que la dejáramos sola un par de horas.

—¿La dejasteis sola? —se asombró Garfield.

—Claro, pagaba bien.

—¿Cuánto?

Rodd vaciló un poco, pero acabó por dar la respuesta.

—Mil «pavos».

—¡Mil dólares! —se escandalizó Mix—. Debía de interesarle mucho lo que había aquí, cuando fue capaz de pagar una suma tan grande.

El gigante de color se encogió de hombros.

—Si ella tenía ese capricho, ¿qué podía importarnos a nosotros? Ese dinero nos vendrá bien; hemos tenido algunos gastos y necesitábamos resarcirnos.

—No sabrás si encontró o no algo interesante —dijo Garfield.

—He visto papel arrancado en el dormitorio. Debajo había un hueco, en el que podía haber un libro de buen tamaño. Si había algo allí, se lo llevó, seguro.

Garfield hizo un gesto a su ayudante. Mix entró en el dormitorio.

—Dispense, señora.

La mujer estaba en la cama, cubierta con una sábana, y le miró rencorosamente. Mix examinó el hueco durante algunos segundos y luego regresó a la sala, haciendo un gesto significativo con las manos.

Garfield asintió. Luego miró al gigante.

—Gracias por todo, Black Giant —dijo—. Lamento haberme portado tan rudamente contigo, pero no te mostrabas demasiado inclinado a cooperar.

—Está bien, sargento. Yo ya le he hecho un favor. Ahora, corresponda usted —pidió Rodd.

—¿Cómo? —se extrañó el joven.

—Nosotros no hemos hecho nada malo. El billete de mil dólares que me dio la furcia, ¿podré cambiarlo sin inconveniente?

Garfield se puso rígido en el acto.

—¿Has dicho un billete de mil dólares? —gritó.

—Sí, sargento... —Rodd lanzó una maldición—. Ya decía yo que ese dinero no podía ser bueno. Se trata de una falsificación, ¿verdad?

—Billy, tome nota de la numeración de ese billete —indicó el joven—. Lo compararé con la lista que tengo en mi oficina y...

Mirando a Rodd dudó un momento, pero continuó en seguida:

—Black Giant, ahora te vestirás y el detective Mix te acompañará a un Banco, para atestiguar que es un billete legítimo y que pueden cambiártelo sin problemas. ¿De acuerdo?

Los dientes de Rodd brillaron en amplia sonrisa.

—Cuando necesite algo de mi, sargento, llámeme; acudiré aunque esté en las antípodas.

Entró en el dormitorio y volvió a poco con el billete. Mix anotó la numeración, mientras Garfield se disponía a marcharse.

—Nos veremos mañana, Billy —dijo.

—Sí, señor.

Rodd levantó una mano de pronto.

—¿Sargento?

—¿Sí?

—Quizá la furcia no era una furcia, sino un travesti. O un tipo disfrazado; no sabía apenas caminar con los tacones altos —informó.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

Garfield salió de la casa, notablemente preocupado por la mujer que había estado allí, consiguiendo llevarse interesantes anotaciones de Orrit. Pero ¿era de veras una mujer? Más tarde supo que, en efecto, el billete entregado a Rodd por la desconocida era, efectivamente, uno de los que llevaba Thomaston encima cuando fue asesinado. Al legítimo propietario, Rustler no tenía por qué decirle nada. Aunque presumiese de honradez y ahora, realmente, fuese un tipo honesto, no tenía un pasado como para sentirse orgulloso de sí mismo.

* * *

Le pareció correcto llevar una botella de vino y con ella en las manos llamó el domingo a la puerta de la casa de Amanda.

Era muy bonita y le agradó, aunque le pareció un tanto descuidada, en especial el jardín. Amanda, se dijo, no tendría tiempo de cuidarse de las plantas y quizás tampoco sus finanzas le permitían pagar a un jardinero.

La puerta se abrió. Una mujer, con gafas de cerco de acero, pelo color de rata, poco cuidado, sin pintar y vestida con poca elegancia, apareció ante sus ojos.

—Dispense, señora; la señorita Thayer me invitó a comer...

Ella se echó a reír.

—Tú eres Brad Garfield, el «poli», ¿eh?

—Pues sí..., pero no la conozco a usted, señora...

—Soy soltera, chico, y aunque detesto a las fuerzas opresoras de la sociedad, no por ello dejo de ser objetiva y reconozco que eres todo un tipo. El sexo no debe mezclarse con la política, ¿no te parece?

Garfield se sentía desconcertado.

—Perdone, pero no la conozco...

—Soy Rosalie, la hermana de Amanda. Chócala, buen mozo.

—Ah, ella me habló de ti... Pero no tenía el gusto de conocerte personalmente.

—Si conocieras mi modo de pensar, no hablarías así. Pero, en fin, estamos en un país libre, ¿verdad? Bueno, hombre, entra; yo ya me marchaba. Sólo vine a echar un vistazo a la casa... Ella quiere

venderla y yo no; estoy buscando dinero para comprarle mi parte y dedicarla a fundar una comunidad de hombres y mujeres capaces de mejorar este asqueroso país. Supongo que tú no compartirás mis ideas revolucionarias, ¿verdad?

—Pero las respeto... siempre que no pases a la acción violenta.

—Bueno, eso es algo que nuestro grupo tiene que estudiar a fondo. Adiós, Brad, cerebro haberte conocido.

Rosalie se marchó en un Volkswagen que había al otro lado de la casa, viejo, lleno de abolladuras y con pintadas que dieron escalofríos al joven.

—¿De dónde demonios habrá salido esa radical? —masculló.

La casa era antigua, pero elegante y, al menos, bien conservada en el interior. Los muebles eran pura artesanía, muy valiosos.

Si Rosalie y sus amigos se instalaban allí algún día, en un par de semanas convertirían aquel elegante y acogedor lugar en algo parecido a una pocilga, pensó, sin poder evitarlo.

Sentado en un mullido diván, esperó, paciente. Un cuarto de hora más tarde, oyó el ruido de un motor y se puso en pie.

Amanda apareció ante sus ojos, fresca y lozana como una rosa.

—Dispensa mi retraso —rogó—. Tuve que enviar unas anotaciones importantes al periódico, para que publiquen mañana la información.

—Tú no necesitas disculpas —sonrió el joven—. Tu hermana, tal vez, sí.

Ella se mordió los labios.

—Ha estado aquí, ¿verdad?

—Nos encontramos por casualidad. Me pareció muy simpática, aunque con unas ideas un tanto... excéntricas.

—Di mejor revolucionarias —exclamó Amanda de mal humor—. No hay quien le quite de la cabeza esos disparates... Creen poder arreglar el mundo con discursos que no tienen sentido... En fin, Brad, mejor no será hablar de ello. ¿Tienes algo que contarme?

—He traído vino. Como es blanco, lo puse en el refrigerador.

—Ya he encargado la comida. Aún es un poco pronto, ¿no te parece?

—Podríamos tomar un aperitivo —sugirió él.

Amanda sonrió.

—Yo conozco una clase de aperitivo que abre el apetito

infaliblemente —dijo.

—¿Sí? ¿Es un producto nuevo?

—Oh, no. Es tan viejo como la humanidad —contestó ella, a la vez que empezaba a desabrocharse la blusa.

—No cabe duda —sonrió Garfield—. Viejo, pero siempre sabroso.

* * *

Durante los días que siguieron, Garfield y Mix buscaron incansablemente a la enigmática mujer que había sido vista en dos ocasiones, por dos personas distintas: la señora Lobert y Black Giant Rodd. Garfield hizo venir a ambos a Jefatura, a fin de conseguir un retrato «robot», y las descripciones de Maud Lobert y del luchador resultaron punto me nos que un calco una de la otra.

Pero la desconocida no aparecía ni daba señales de vida. Y, mientras, el cadáver del hombre muerto en el embalse, había aparecido, consiguiéndose su identificación.

Era John Dockle, un antiguo combatiente del Vietnam, hábil con las armas y ex piloto de helicóptero, actualmente sin trabajo y capaz de aceptar cualquier cosa por un puñado de dinero.

Dockle vivía solo en un apartamento. Garfield y Mix lo registraron y encontraron cinco billetes de mil dólares.

Los billetes pertenecían al lote robado a Thomaston. El asesino, indudablemente, sabía emplear pródigamente aquel dinero. Dockle no había tenido tiempo de gastar demasiado.

Evalee le llamó algunos días más tarde.

—Tengo algo interesante que decirte —manifestó.

—Muy bien, te escucho —dijo Garfield.

—A la noche, cuando salga del trabajo.

—De acuerdo.

Garfield le aguardó en el sitio de costumbre. Evalee salió, vestida sencillamente, pero deslumbrante, como siempre. Hasta el vestido más corriente la hacía parecer una princesa de cuento de hadas.

Ella se sentó a su lado.

—Ya tengo arreglado mi coche —sonrió.

—Lástima, pensaba llevarte a tu casa. Aunque, desde luego, no

iba a pedirte que me invitaras a una copa.

—Podemos dar una vuelta, sin que corras demasiado. Tengo la cabeza un tanto cargada y necesito tomar el fresco —dijo Evalee, a la vez que bajaba el cristal de la ventanilla.

—Muy bien, estoy a tu disposición.

El coche se puso en movimiento y, durante un buen rato, ambos permanecieron en silencio. Garfield se daba cuenta de que Evalee quería despejarse de la cargada atmósfera del casino. Sintióse tentado de decirle cuándo pensaba dejar el trabajo, pero desistió apenas concebida la idea, ya que conocía la respuesta de antemano.

—Dirá que no —musitó.

—¿Cómo? —exclamó Evalee.

—Nada, no te preocupes. Hablaba conmigo mismo.

—No sabía que tuvieras esa costumbre —sonrió la joven.

—No es costumbre. A veces lo hago, es una forma de concretar los pensamientos propios. Pero no significa debilidad mental.

—Por supuesto. Eres un hombre de espíritu fuerte.

—A veces, demasiado. En ocasiones me convendría ser un poco más comprensivo.

—Eso es cosa tuya. Algo que tienes que decidir por ti mismo.

—En mi oficio, es preciso ser duro muchas veces, aunque sólo sea en apariencia. A ti también te ocurre algo parecido.

—¿A mí? —se extrañó ella.

—No hay más que verte en el casino. Siempre sería, apenas sonríes, actúas con precisión mecánica... de robot, más bien diría yo...

—Tiene que ser así, me parece. ¿O es que crees que debo andar guiñando el ojo constantemente a los clientes, dirigiéndoles risitas maliciosas y diciéndoles palabras de doble sentido? Gobierno una mesa de ruleta y debo concentrar toda mi atención en que el juego se desarrolle correctamente. ¿Es eso actuar como un robot?

Garfield meneó la cabeza.

—Eres maravillosa, Evalee. Siempre acabas por salirte con la tuya.

—Ahora no hemos disputado por tener la razón. Cada uno hemos expuesto la nuestra, eso es todo.

—Evalee, si no cedemos cada uno un poco... —empezó a decir Garfield, pero se interrumpió de pronto y, tras un gesto de pesar,

añadió—: Tenías que decirme algo, creo.

—Sí, hoy me he enterado de que Thomaston, hace algún tiempo, sostuvo un romance con tu amiga la periodista.

—¿Amanda Thayer?

—La misma, Brad.

CAPÍTULO IX

Garfield calló durante algunos momentos, tratando de asimilar la noticia, realmente inesperada. De pronto, Evalee movió la mano.

—Para ahí, por favor.

El joven sacó el coche de la carretera deteniéndolo en una amplia explanada destinada al estacionamiento de vehículos y desde la que se divisaba un panorama excepcional durante el día. Ahora, por la noche, la vista resultaba muy distinta, aunque la luz de la luna permitía divisar en lontananza el espejeante reflejo de las aguas del embalse, ya en la cola, donde todavía era un anchuroso río que varios kilómetros más abajo era contenido por la represa.

Evalee se apeó y caminó hacia el borde. Soplabla una ligera brisa y respiró a pleno pulmón. Se había soltado el pelo y dejó que se ondease libremente, mientras se asía con ambas manos a la barandilla protectora. El suelo terminaba brusca mente en un precipicio de unos cincuenta o sesenta metros de altura, lo que convertía el lugar en un privilegiado puesto de observación del panorama.

—Empiezo a sentirme mejor —dijo al cabo de unos momentos, sonriendo ligeramente.

—Te felicito. ¿Estás en condiciones de seguir hablando?

—Sí —contestó ella sin volverse—. Me he enterado esta noche, precisamente.

—Algún colega, supongo.

—Hace dos años se marchó a Las Vegas, contratado para un casino de allí. Volvió hace tres meses, aproximadamente.

—¿Y te ha dicho...?

—Entonces yo no trabajaba aún en el «Golden Castle».

Thomaston y Amanda Thayer anduvieron juntos una temporada.

—¿Pero no estaba él liado con Clarabelle Woodson?

—Parece que hubo una disputa entre ambos y se produjo una separación momentánea. Pero las aguas volvieron a su cauce muy pronto.

—Bueno, no creo que eso tenga mucha importancia, aunque te lo agradezco, de todos modos. Hace dos años, tampoco yo conocía a la periodista.

—¿Y ahora, Brad?

—Un poco más.

—¿Cuánto más? —preguntó Evalee, maliciosa.

—¿Te interesa saberlo?

—Curiosidad de mujer, compréndelo. Pero si no quieres contestarme, no te voy a poner una pistola en el pecho.

—Tengo que devolverte la tuya. Se ha demostrado que no ha disparado nunca contra una persona.

Evalee se echó a reír de pronto.

—Eres muy hábil, Brad. Has sabido desviar la cuestión maravillosamente.

—¿Tanto interés tienes en saber el estado de mi relación con Amanda Thayer?

—Ya, no; se me ha pasado la curiosidad. Pero todavía tengo algo más que decirte.

—Muy bien, continúa.

—El colega que mencionó el romance entre Thomaston y la periodista, dijo que había hablado con él pocos días antes de su muerte. Bueno, la mayoría de los *croupiers* hablamos unos con otros, más o menos a diario, pero lo que hubo entre Thomaston y mi colega fue una conversación un poco más profunda, ya que veía a Thomaston muy preocupado, Thomaston le dijo algo sobre los cuatro tipos que le inquietaban... Estás enterado del detalle, ¿verdad?

—Sí. Prosigue, te lo ruego.

—Parece ser que Thomaston mencionó un nombre de los cuatro. Mi compañero no lo recuerda ahora, ya que no prestó demasiada atención a este dato. Me lo dirá en cuanto logre recordar ese nombre.

—¿Sabe tu colega qué era lo que preocupaba a Thomaston? Ya conocemos que era a causa de cuatro hombres, pero ¿por qué?

¿Cuáles eran los motivos?

—Thomaston dio a entender que se trataba de un asunto de millones. Eso es todo lo que pudo decirme.

Garfield suspiró.

—No es demasiado, pero no se puede llenar un cubo de agua sin empezar vertiendo dentro las primeras gotas —sonrió—. Gracias, de todos modos, Evalee.

—He querido ayudarte, simplemente.

—Lo cual demuestra que no estás tan resentida conmigo como das a entender a cada momento.

Evalee alzó una mano.

—¡Cuidado! Nada de temas personales. El tema Thomaston se ha acabado. Podemos hablar del tiempo, de la luna, de los conflictos internacionales o de lo que quieras. Pero el tema personal es tabú, ¿entendido?

—Sí, señora. Cuando tú digas regresamos a la ciudad.

—Ahora mismo...

Evalee no pudo continuar hablando. De súbito, frente a ellos, se encendieron los faros de un coche que había llegado hasta allí silenciosamente, sin que ninguno de los dos, abstraídos por la conversación, se hubiera percatado de ello.

* * *

El tránsito en la carretera era nulo en aquellos momentos. Para llegar hasta allí era preciso descender una suave pendiente, de casi un kilómetro. Alguien les había seguido, era indudable, acercándose luego con las luces apagadas y el motor apagado, a fin de evitar el menor ruido.

Garfield agarró uno de los brazos de la joven.

—Cuidado, Evalee —dijo en voz baja.

Un motor de automóvil bramó repentinamente. Garfield, tiró de la joven, acercándose poco a poco a su coche, parado casi en el extremo opuesto del establecimiento.

—Ese hombre quiere atacarnos —dijo ella muy aprensiva.

—Sí, seguro. Prepárate para actuar cuando yo te lo diga, ¿estamos?

El coche retrocedió un poco, virando ligeramente, a fin de tener

a la pareja bajo el resplandor de sus faros. El conductor, de este modo, no les perdía de vista un solo instante.

—Ése viene a por mí, Evalee —adivinó Garfield—. Voy a ver si consigo darle esquinazo... Cuando te lo diga, corre hacia mi coche y pasa al otro lado, ¿estamos?

—Sí, Brad.

El conductor pisaba el acelerador de vez en cuando, a fin de impresionarles con los ruidos del motor. A Garfield le parecía estar siendo observado por una bestia dañina, que evaluaba la situación antes de lanzarse al ataque, para devorarlo en un santiamén. De repente, lanzó un grito:

—¡Ahora, Evalee!

La joven echó a correr y él lo hizo en sentido contrario, justo en el momento en que el coche arrancaba con toda su potencia. Garfield lo dejó acercarse al máximo y, en el último instante, saltó a un lado y rodó velozmente por el suelo.

Mientras aún daba vueltas sobre sí mismo, oyó un terrible chillido de frenos. Luego un espantoso ruido de metal destrozado.

Incorporado sobre un codo, vio al coche atacante estrellarse contra la débil barandilla del mirador. Su conductor se dio cuenta de que ya no podía evitar la catástrofe y abrió una portezuela para saltar fuera.

Estuvo a punto de conseguirlo, pero al impacto, la portezuela trasera de aquel mismo lado se abrió y le golpeó cuando ya tenía casi todo el cuerpo fuera del coche. El golpe le arrancó un espantoso alarido.

El individuo saltó al vacío, al mismo tiempo que el coche. Garfield, a veinte pasos contempló la escena morbosamente fascinado. Hombre y vehículo desaparecieron bruscamente de su vista.

Luego oyó el terrible estruendo del impacto contra el fondo del precipicio. Un segundo después, se vio brillar una viva llamarada.

Evalee corrió hacia el joven y se arrodilló a su lado.

—¡Brad! ¿Estás bien?

Garfield se levantó limpiándose la ropa maquinalmente.

—He tenido suerte —contestó.

Luego se acercó al borde del acantilado y miró hacia abajo. Iluminada por las llamas que consumían el automóvil, a pocos pasos

de distancia, se veía una figura inmóvil, boca abajo, con brazos y piernas extendidos en trágica aspa.

—Quería matarte, Brad —dijo Evalee todavía estremecida por el horror.

—Es evidente. Por eso traté de atraer su atención hacia mí.

—Y saltó por el precipicio... ¿Es que no se dio cuenta de la barandilla que indicaba el final de la explanada?

—Quizá era un forastero y desconocía el terreno y pensó que podía correr el riesgo de un pequeño impacto, después de atropellarme... O puede que estuviese ocupado exclusiva mente en matarme, sin prestar atención a los demás detalles. Eso es cosa que ya no sabremos, aunque tampoco importa demasiado.

Brad se acercó a su coche y sacó una linterna.

—Lo que importa ahora es averiguar su identidad —añadió—. Quédate aquí; las llamas no tardarán en atraer la atención de una patrulla de carretera. Yo voy a bajar para ver quién era ese pobre diablo.

—Ten cuidado, Brad; la pendiente es muy empinada...

—Un poco más allá la ladera se hace más suave —contestó él, a la vez que se alejaba para buscar el camino apropiado que le llevase al fondo del precipicio.

* * *

—Billy Mix entró en el despacho a la mañana siguiente y sonrió al ver a Garfield sumido, al parecer, en profundos pensamientos.

El muchacho carraspeó. Garfield abrió un ojo y sonrió también.

—¿Se ha enterado ya, Billy?

—Sí, señor. ¿Dónde aprendió usted a esquivar coches?

—Hice un viaje de turismo a México y vi un par de corridas de toros. El método es el mismo: engañar al toro y hacerle ir por donde a uno le conviene.

—El toro de anoche no llevaba cuernos, sargento.

—Llevaba un nombre dentro. Se llamaba Lex Halvorson, había venido de Las Vegas para un «trabajo» especial y le pagaron cinco mil dólares... en cinco billetes.

Garfield sacó del bolsillo los cinco billetes y los desplegó en abanico.

—Billy, compruebe la numeración —añadió.

—Sí, señor.

—Ah, otra cosa: ¿sigue interrogando a las personas que compraron una pistola calibre veintidós de un año a esta parte?

—Voy haciéndolo, señor. Hasta ahora, todos los interrogados han podido probar su coartada de modo irrefutable, con declaraciones de testigos honestos.

—Pero todavía le faltan algunos.

—Sí, señor.

—Continúe hasta acabar la relación.

Mix asintió y ya se retiraba, cuando se cruzó con la periodista.

—Billy, un día me lo voy a comer a usted vivo —rió Amanda, haciendo que el muchacho se sonrojase una vez más.

Pero en esta ocasión, Mix se sintió mucho más atrevido.

—¿Cuándo quiere usted que me sirva yo mismo como plato principal de su almuerzo? ¿Me prefiere en una cena a la luz de las velas, señorita Thayer?

Amanda pareció asombrarse de la respuesta. Luego se volvió hacia Garfield y le guiñó un ojo:

—El chico parece que aprende a vivir —dijo, después de que Mix hubiera abandonado la oficina.

—Está creciendo —rió Garfield—. ¿Qué te trae por aquí insaciable curiosa profesional?

—Noticias, como de costumbre. He oído decir que anoche tuviste algo de jaleo.

—Un poco, pero antes quiero que hablemos de otra cosa, Amanda.

Ella se sentó en el ángulo de la mesa, sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios.

—Soy toda oídos —dijo, mientras acercaba la llama del encendedor al cigarrillo.

—Hace dos años, más o menos, tuviste cierta relación con Thomaston —dijo Garfield.

—¿Eso es algo malo, Brad?

—No, pero...

—¿Te sientes celoso de un muerto?

—Amanda, diríase que intentas desviar la cuestión.

Ella se echó a reír, a la vez que le lanzaba el humo a la cara.

—¡Tonto! —exclamó—. Thomaston era un hombre muy atractivo. Hubo un poco de mutua atracción, durante algunas semanas, eso es todo. Pero fue hace dos años, como has dicho muy bien hace un momento. Oye... ¿no irás a considerarme sospechosa...? —Por favor, Amanda, yo sólo trato de reunir detalles para aclarar el caso— contestó él de mala gana.

—Bueno, hace dos años, y que yo sepa, nadie pensaba en matar a Thomaston. Prácticamente, hacía meses que no le veía. No soy una asidua del casino y nuestros trabajos seguían rutas muy distintas. ¿Cómo te has enterado, Brad?

—Mi profesión, como la tuya, consiste en enterarme de cosas.

—Muchas de las cuales ni siquiera interesan.

—Pero, algunas de esas muchas, son como gotitas de agua que acaban llenando un recipiente.

—Y entonces, se da por concluido el caso.

—Amanda, ¿de verdad no has vuelto a hablar con Thomaston en los últimos tiempos?

Ella hizo un gesto negativo.

—Fue una llamarada, simplemente. Duró muy poco, algunas semanas, ya te lo he dicho.

—Quizá lo nuestro dure menos.

Amanda se encogió de hombros.

—Te aprecio infinitamente, Brad —contestó—. No predigas nunca el porvenir entre un hombre y una mujer, después de que se han conocido... en el sentido bíblico, por supuesto.

—Sí, después de la muerte de Abel, Adán conoció a Eva nuevamente y tuvieron un tercer hijo al que llamaron Seth, Génesis, IV, 25 —recitó Garfield—. Bueno, noticia para tu periódico: el tipo que intentó matarme anoche vino de Las Vegas, por cinco mil dólares que, por casualidad, le pagaron en billetes de los robados a Thomaston después de haberle dado muerte. ¿Satisfecha, señora periodista?

—Pediré al director del *Star* que te conceda la «Suprema Medalla de la Máxima Cooperación de la Policía con la Prensa» —contestó ella riendo.

Luego, de pronto, sentada como estaba en la mesa, se inclinó hacia el joven y le besó en una mejilla.

—Te quiero, Brad —dijo con ojos muy brillantes.

CAPÍTULO X

Amanda se marchó a poco y Garfield se quedó sumido en el papeleo propio de su cargo. Minutos más tarde, una mujer policía le anunció una visita.

—¿Quién es? —preguntó.

—Pesa una tonelada y tiene la piel oscura, señor —contestó la policía, maliciosamente.

—Es Black Giant Rodd —exclamó Garfield—. Hágalo pasar, por favor.

El gigante negro entró a poco y se sentó, haciendo crujir la silla ominosamente. Garfield se estremeció, pensando en lo que le diría el jefe de material si le pedía una silla nueva.

—¿Y bien, Black? —dijo, después de estrechar la mano al visitante.

—Usted me ayudó. Eso no es frecuente en un policía.

—Bueno, también usted me echó una mano —sonrió el joven.

—Sí, pero otro «poli» se habría quedado con el billete de mil «pavos» y usted me ayudó a cambiarlo sin problemas. Ese dinero nos vino muy bien, créame.

—Lo celebro, Black. ¿Tiene algo que contarme?

—Pues... sí, sargento. Lo primero que debo decirle es que en el barrio nadie conoce a la tipa que me dio la «pasta». Y tengo cierta experiencia en saber que una furcia no suele alejarse mucho de su «campo» de operaciones. No es corriente que, si vive en el lado norte, se vaya a un barrio del sur para ponerse debajo de un farol, a esperar a que piquen los clientes. Tiene que hacerlo cerca de su casa, para llevarse al cliente y, si despacha pronto, volver de nuevo a su puesto de caza.

—Parece lógico, en efecto. Y tengo la sospecha de que ha sacado

alguna conclusión del hecho de que esa mujer no sea conocida en el barrio.

—Nadie la había visto antes ni se ha vuelto a ver después. En realidad, la vieron muy pocos cuando vino a mi casa y menos aún cuando se marchó.

—¿A pie? ¿En coche?

—En un viejo Volkswagen.

—¿Muy pintarrajeado?

—No. El color era sucio, pero no había pintadas en la carrocería.

—Entiendo. ¿Algo más, Black?

—Hay un detalle que me llamó la atención entonces, pero no lo había recordado hasta ahora. Su sortija.

—Una sortija...

—Sí, grande, con unas figurillas muy raras. Me parecieron serpientes entrelazadas...

—¿Me permite un lápiz y un papel? —pidió Rodd de pronto.

Garfield accedió y Rodd hizo un dibujo de la sortija. Al entregarlo sonrió:

—No lo recuerdo demasiado bien, pero era así, más o menos —añadió.

Garfield estudió el dibujo y le pareció conocido. ¿Dónde había visto antes aquella sortija?

—Lo ha hecho muy bien —elogió—. ¿Ha estudiado arte?

—Seguí un par de cursos. Luego lo dejé. Nunca llegaré a ser un Miguel Ángel.

—No desespere. En el arte hay mucho de inspiración, pero también, mucho más, de tenacidad.

—Gracias, sargento. Ya no tengo nada más que decirle.

Garfield se puso en pie para estrechar la mano del visitante.

—Soy yo quien le da las gracias, Black. Le deseo mucha suerte.

Rodd hizo un gesto de aprobación y se despidió. Garfield volvió a sentarse, con la vista fija en el dibujo de las dos serpientes entrelazadas. ¿Quién diablos había tenido el capricho de comprar, y usar, una sortija semejante?

De pronto, creyó recordar y, sin perder un instante, echó a correr hacia la puerta.

Media hora más tarde, Clarabelle Woodson contemplaba el dibujo con gran atención.

—Sí, recuerdo esa sortija, pero no era mía —contestó.

—¿Quién la tenía, señora Woodson?

—Mi... bueno, Hugh... Decía que había pertenecido a su madre. La señorita Simpson estaba enamorada de esa joya. Quería comprársela a Hugh.

—¿Sabe si lo consiguió?

Clarabelle hizo un gesto negativo.

—No puedo contestarle, sargento. Lo único que sé es que la sortija había desaparecido de casa hace mucho tiempo.

Garfield apretó los labios.

—Gracias, señora —se despidió.

Sentíase terriblemente conturbado.

La asesina parecía ser una mujer.

¿Evalee?

Y si había sido ella, ¿por qué?

Decidió hablar con Evalee a la noche, en el casino, pero se llevó una gran decepción.

—Está en Alaska, sargento —le dijo Rustler.

Garfield se quedó estupefacto.

—¿Alaska?

—Sí, se marchó esta mañana. Una tía suya está gravemente enferma y me pidió unos días para visitarla —contestó el dueño del casino—. Vive en Anchorage...

Garfield asintió. Tendría que esperar al regreso de Evalee para aclarar aquel enigma que le hacía sentirse muy desazonado.

* * *

El teléfono sonó de repente. Una mano lo levantó y alguien dio su nombre.

—Borch.

—«Trigger».

Borch se puso rígido.

—Entendido —contestó escuetamente.

Al otro lado del teléfono se oyó un «clic». Borch sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente.

Había llegado el momento. Abriendo el cajón de su mesa, sacó una pistola, con silenciador, y la revisó minuciosamente.

Aldiss, Lassiter y Browson recibieron cada uno su contraseña, con una palabra distinta.

Aldiss preparó un veneno. Lassiter marcó una hora en un reloj, que provocaría la explosión de dos cartuchos de dinamita.

Browson se dispuso a preparar una conexión eléctrica en un cuarto de baño. Cuando la víctima se duchase, moriría electrocutada.

* * *

El hombre entró en el despacho y se sentó frente a su ocupante.

—Soy Harkel y trabajo en el «Golden Castle» —se presentó—. Fui un gran amigo de Thomaston y sentí enormemente su muerte.

—Sin duda, ha venido para decirme algo importante, señor Harkel —adivinó Garfield.

—Creo que sí. Se lo hubiera dicho a Evalee, puesto que conozco la gran amistad que hay entre ustedes dos, pero ella está ausente momentáneamente.

—Sí, creo que tiene una tía enferma en Anchorage. —De pronto, Garfield se inclinó hacia delante—. Señor Harkel, ¿cree que eso es cierto?

—¿El qué? —preguntó el *croupier*.

—Lo de la tía de Evalee... Su enfermedad, en una palabra.

—Oh, sí, por supuesto. Incluso conocí a esa señora el año pasado. Estuvo aquí unos días con Evalee... Y ella misma, es decir, Evalee, hace algunos días mencionó la enfermedad de su tía y dijo que tenía ya muchos años y que se sentía preocupada por su salud.

—Entonces, es cierto que se ha ido a visitar a su tía.

—Para mí, no hay duda en absoluto, sargento. Sobre todo, si tenemos en cuenta que anoche recibió un telegrama del esposo de su tía. Yo mismo lo leí, de modo que...

—Comprendo. Gracias, señor Harkel. Tengo entendido que iba a decirme algo importante.

—Sí, en efecto. Usted ya sabe que Thomaston se sentía preocupado por cuatro individuos.

—Sin embargo, desconozco los motivos.

—Parece ser que hace tiempo le propusieron un negocio de envergadura, pero nada honesto y se negó. Es posible que lo

asesinaran para que no dijera nada.

—Le asesinaron para robarle sesenta mil dólares...

—Bueno, tal vez aprovecharon la ocasión de que llevaba ese dinero al Banco. Solía hacerlo, ¿sabe?, las cartas marca das y demás.

—Conozco el dato. ¿Y...?

—Thomaston llegó a citar un nombre: John Borch.

Garfield anotó el nombre.

—¿Sabe dónde vive ese individuo? —preguntó.

—No, pero sin duda, debe de figurar en la guía. Usted tiene medios para averiguarlo, sargento.

—Sí, desde luego. ¿Me permite una pregunta, señor Harkel?

—Por supuesto —accedió el visitante.

—¿Qué sabe usted del chantaje a Rustler?

—¿Chantaje? —se extrañó Harkel.

—Eso he dicho.

—No tenía la menor idea, sargento. ¿Puede explicarme...?

—Alguien metió paquetes de cartas marcadas en los «*stocks*» que Rustler recibía de fábrica. En algún momento, un cliente perdedor, habría gritado a voz en cuello que en esa casa se hacían trampas, lo que se hubiera demostrado mediante los naipes señalados, con lo que el descrédito del «Golden Castle» habría sido enorme, y ello habría originado, como usted puede figurarse, gravísimos perjuicios. Harkel meneó la cabeza.

—Le aseguro de que no tenía la menor noticia de que Rustler estuviese sometido a un chantaje —declaró tajante.

—Pues eso fue lo que Rustler me dijo a mí y fue Thomaston el que iba a entrevistarse con el chantajista, con sesenta billetes de mil dólares, cuya numeración poseo. —Sé que Thomaston llevaba aquel día mucho dinero encima, pero, ya se lo he dicho antes, me imaginé que, como en otras ocasiones, pensaba ingresarlo al día siguiente en el cajero automático de algún Banco. Rustler confiaba en él y Thomaston lo hacía en numerosas ocasiones.

Garfield empezó a sospechar que en el fondo del asunto había algo mucho más turbio de lo que había imaginado en un principio y no quiso continuar la conversación.

—Está bien, muchas gracias por su cooperación, señor Harkel.

El *croupier* se puso en pie.

—Gracias a usted, sargento. ¿Cuándo nos da una buena noticia?

—¿Qué noticia? —se asombró el joven.

—Bueno, usted y Evalee, iglesia, flores...

Garfield meneó la cabeza con aire pesaroso.

—Eso ocurrirá el día en que la NASA permita instalar un casino en la Luna —respondió.

Harkel emitió una sonrisa de circunstancias.

—Entonces, lo siento de veras. Adiós, sargento.

El visitante caminó hacia la puerta. Antes de que llegara a abrirla, Garfield llamó su atención.

—Por favor...

—¿Sí?

—¿Ha mencionado usted a Rustler sus intenciones de venir a verme?

—No, no le he dicho nada, sargento.

—Guarde silencio, señor Harkel —recomendó Garfield, mirándole fijamente.

Harkel asintió.

—Descuide —contestó.

Garfield se retrepó en el sillón al quedarse solo. Pese a sus protestas, ¿debía pensar que era muy posible que Rustler estuviese mezclado en el asesinato de su jefe de *croupiers*?

CAPÍTULO XI

Armin K. Walder salió de su oficina, con el portafolios en una mano y el paraguas en la otra. Al llegar frente a la puerta del ascensor, pulsó el botón de llamada.

Entonces, un hombre surgió por la esquina opuesta del corredor. Walder no le prestó la menor atención, esperando pacientemente a que subiera el ascensor.

El hombre empezó a pasar por detrás de él. Súbitamente, sacó un pequeño revólver, con silenciador, aplicó la boca del cañón a la nuca de Walder y apretó el gatillo.

Walder cayó un poco hacia delante y resbaló lentamente hasta quedar arrodillado en el suelo, con la cabeza apoyada en la puerta del ascensor. El asesino, tranquilamente, alcanzó la esquina opuesta e inició el descenso por la escalera.

Walder solía salir algo tarde de su despacho y a aquella hora el edificio comercial estaba prácticamente abandonado. El conserje vio salir a un desconocido, con grandes gafas de concha, bigote y barba de punta. Borch alcanzó su coche, a una manzana y allí se despojó de los elementos del disfraz.

El ascensor había llegado al piso requerido y la puerta se abrió automáticamente. Walder terminó de caer hacia delante y su cuerpo bloqueó el sistema de la puerta. Cuando el conserje subió en otro ascensor, para inquirir el origen de la avería, se encontró con un cadáver.

Grant Shelley llegó a su casa y se quitó la chaqueta y se aflojó la corbata. Vio una botella nueva sobre el bar y pensó que la habría colocado allí la asistenta que arreglaba el apartamento por las mañanas, ya que era soltero. Abrió la botella, se sirvió una generosa ración y la despachó de un solo trago.

Cinco minutos después, se sintió terriblemente enfermo y, tambaleándose, consiguió alcanzar el teléfono. Incluso pudo pedir una ambulancia, pero cuando llegó, ya había muerto.

Bernell W Kalder condujo su automóvil hacia su casa, como todos los días. Al llegar, lo metió por el sendero que, atravesando un lateral del jardín, desembocaba en el garaje.

Eran las siete y media en punto. Cuando el coche frenaba, el morro ya a unos dos o tres metros de la puerta del garaje, que se había abierto automáticamente, las agujas de un reloj que, no era precisamente el del tablero, señalaron las siete y media. Y entonces se produjo la explosión.

Kalder vio sólo una gran llamarada que parecía surgir del lugar donde tenía apoyados los pies, para controlar el gas y el freno, pero no oyó ningún ruido. El vivísimo resplandor se hizo negra noche instantáneamente.

Otis Hyres llegó a su casa alrededor de las ocho de la noche. Había trabajado de firme y quería quitarse el sudor de encima de su cuerpo. Tras besar a su mujer, quien le anunció que cuando estuviera listo, tendría preparado un aperitivo y la cena, fue al baño, se desvistió e inmediatamente se metió bajo la ducha.

Apenas lo había hecho, percibió una horrible sensación de quemadura en todos los poros de su cuerpo. Millones de agujas al rojo vivo taladraron su piel. Empezó a gritar, pero el «*shock*» eléctrico cortó su voz en el acto y se desplomó como un fardo en el fondo de la bañera.

* * *

La puerta se abrió y John Borch miró a su visitante, sin soltar el vaso que tenía en la mano izquierda.

—¿Qué desea?

Garfield le enseñó su placa y le dio su nombre y grado.

—Deseo hablar con usted, señor Borch —manifestó.

El dueño de la casa, manteniendo un perfecto control sobre sí mismo, se echó a un lado.

—Pase, sargento.

—Gracias.

El apartamento, observó Garfield, estaba bien decorado.

Denotaba un alto nivel de vida, aunque había algunos detalles de no muy buen gusto. «Claro que es el gusto personal del dueño y ante eso no valen críticas», pensó.

—Se trata de Hugh Thomaston, señor Borch —dijo al cabo de unos instantes.

Borch alzó las cejas.

—¿Thomaston? ¿Qué tengo yo que ver con ese asunto? —exclamó.

—Está enterado de lo sucedido.

—Sí, e incluso conocía a Thomaston, pero era algo superficial, el conocimiento que un cliente de un casino, no muy asiduo, sépalo de antemano, puede tener con un *croupier* —contestó el dueño del apartamento.

—Bueno, tanto da. Eso no altera mucho el fondo de la cuestión, supongo.

—Desde luego. Pero se sabe que Thomaston estaba preocupado por algo que querían hacerle cuatro personas. Usted es una de esas cuatro personas.

Borch se echó a reír.

—La policía tiene una imaginación calenturienta... No, perdón, el confidente que les contó esa fantástica historia. Porque me imagino que fue un «soplón» el que le dijo que yo podía tener algún interés en la muerte de Thomaston, ¿no es así?

—No es del todo exacto, señor Borch. Pero sí se aproxima bastante. ¿Le importaría decirme qué hizo usted el día de la muerte de Thomaston y si tiene testigos que lo corroboren?

—Ah, una coartada.

—En efecto.

Borch pareció meditar unos instantes.

—Aquel día... yo fui a cenar con unos amigos. Le daré los nombres, para que los anote y pueda interrogarlos. Después, nos fuimos todos a un teatro de variedades y terminamos tomando unas copas en el salón de Dahlia Colquhart. ¿Le parece buena coartada?

Garfield sonrió.

—No es mala, en efecto —convino—. Pero yo no he dicho que fuese usted el asesino. —Lo ha dado a entender al preguntarme qué hice ese día— contestó Borch envaradamente.

—Insinuar una cosa no es lo mismo que afirmarla de un modo

rotundo.

—Tal vez tenga razón, pero usted ha llegado a pensar que yo podía ser el asesino de Thomaston. No tengo pistola, ¿sabe? Si quiere, puede pedir una orden judicial y registrar...

Garfield alzó una mano.

—Me doy por satisfecho con sus explicaciones, a salvo de una última pregunta.

—Hágala, sargento.

—¿Tiene usted alguna idea de los motivos por los cuales fue asesinado Thomaston? —Ni se me ocurre nada ni mucho menos soy capaz de pensar en el nombre de una persona como el asesino de ese individuo.

—Gracias, señor Borch, eso es todo.

Garfield salió de la casa con la sensación de que Borch sabía mucho más de lo que había dicho, pero pensando también de que resultaría difícilísimo sacarle la verdad.

—Un tipo muy astuto —suspiró, con las manos en el volante de su coche, en el preciso momento en que sonaba la señal de llamada de la radio.

Descolgó el micrófono.

—Garfield —dijo.

—Sargento, soy Mix. Se ha producido una epidemia de asesinatos. Cuatro, para ser más exactos.

El joven sintió que se le cortaba la respiración.

—¡Cuatro asesinatos! —Respingó.

—Un tiro en la nuca, veneno, una bomba en el coche y un tipo electrocutado en una bañera, en la que el agua se calentaba por gas.

—Cuatro muertes —repitió Garfield, profundamente impresionado—. Alguno de esos hombres, ¿era tal vez el que había mencionado Thomaston antes de morir?

—Sólo tenemos un nombre, señor, y no figura entre las víctimas.

—Es cierto, acabo de verlo. Pero esto, creo yo, no tiene relación con el caso Thomaston. —Es posible, señor. Bueno, todos los de Homicidios se han puesto en la tarea y a nosotros nos ha tocado el asesinato de Armin Walder. Me reuniré con usted en el edificio de la «West Sealand Consolidated».

—Enterado, Billy.

Garfield colocó en el techo la lámpara intermitente roja, conectó

la sirena y arrancó a toda velocidad.

* * *

Estaba repasando en su mesa los informes de su equipo y se sentía abrumado por la tarea que había caído sobre sus hombros. Por más que pensaba en ello, no acababa de dar con los motivos de cuatro asesinatos cometidos casi simultáneamente.

El único dato que tenían en común las víctimas era que se trataba de hombres de negocios prósperos y florecientes. Aunque los negocios eran distintos en cada caso, todos tenían relación entre sí. Un propietario de tierras y solares, un constructor, un fabricante de materiales para la construcción y un afanado decorador y mueblista.

—Desde el suelo hasta la sala cómoda y acogedora —murmuró, en el momento en que sonaba el teléfono.

—Soy Garfield y estoy muy ocupado —rezongó.

—Ya me lo imaginaba. Chico, vaya una epidemia.

El joven se puso tieso de inmediato.

—¿Debo suponer que me hablas desde Anchorage, Evalee? ¿O has vuelto ya a Garrysville?

—Todavía no. Tardaré unos días, hasta que tía Adelina esté completamente restablecida. Ya está fuera de peligro, desde luego.

—Lo celebro. La verdad, nunca creí que te molestaras en darme noticias tuyas desde tan lejos. ¿Hace mucho frío?

—Pasable. Tengo buena ropa de abrigo, no te preocupes. Y ahora, escúchame: estás a punto de recibir una noticia que te dará alguien personalmente. Eso es todo, Brad.

Evalee colgó y él se quedó perplejo, pensando quién podía ser el mensajero de la joven. Lamentó no haberse acordado de la sortija que tanto le gustaba y que había pertenecido a Thomaston, pero ya era tarde para rectificar.

La puerta se abrió de pronto. Mix asomó la cabeza.

—Tiene una visita, sargento —anunció.

—Hágala pasar —contestó Garfield rápidamente.

Una hermosa joven, de unos veintisiete años, pelo negro y elegantemente vestida, entró en el despacho.

—¿Señor Garfield? Acabo de llegar de Anchorage y Evalee me

encargó que le diera una carta para usted —dijo, mientras abría el bolso que pendía de su brazo izquierdo.

—Muchas gracias, señora —contestó él—. ¿Quiere sentarse, por favor?

—Me iré en seguida —sonrió la visitante—. Tome, aquí está la carta. Evalée me encargó que se la entregase a usted personalmente y a nadie más.

Garfield tomó la carta, observando que pesaba algo más de lo ordinario. La joven sonreía agradablemente y añadió:

—Evalée se encuentra muy bien. Pronto regresará a Garrysville.

—Sí, me lo ha dicho ella. Bien, no sé qué más decirle, señora...

—Oh, perdón, soy un poco distraída —rió la visitante—. No le he dicho aún mi nombre... Me llamo Rosalie Thayer.

Garfield miró de reojo a la joven.

—Ha dicho Rosalie Thayer.

—Eso he dicho, señor Garfield.

—¿Hermana de Amanda, la periodista?

—Tengo dos años menos que ella, pero descendemos de los mismos padres.

El joven se sentó lentamente en su asiento.

—Señorita Thayer, ¿me permite preguntarle por sus opiniones políticas?

—¿Eh? —se asombró Rosalie—. No creo que eso sea discreto...

—Hágase cuenta de que es una pregunta oficial, señorita Thayer. ¿No quería usted impedir que Amanda vendiera la casa que heredaron de su tío, para fundar allí una comuna?

Ella hizo un gesto de repugnancia.

—¿Yo? ¿Una comuna? ¿Un grupo de ácratas que se drogan, se emborrachan y tienen todo en común, incluso el sexo?

—Y con ganas, además, de hacer una revolución mundial.

—Jamás he pensado una cosa semejante. Tampoco quiero vender la casa, sargento. Al menos, por ahora, y nunca para un fin semejante. Y, si me pregunta por quién voté en las últimas elecciones, le diré que...

Garfield levantó una mano.

—Basta ya, señorita —cortó—. ¿Qué clase de coche tiene usted?

—Un Chevrolet del ochenta y uno, pero está en Anchorage. Si necesito coche, alquilaré aquí uno.

—¿Ha tenido alguna vez un Volkswagen?

—No, jamás —contestó Rosalie tajantemente.

La joven se sentía muy intrigada. Garfield parecía profundamente preocupado por algo que ella no alcanzaba a comprender.

—¿Qué sucede, sargento? —preguntó.

—Señorita Thayer, ¿dónde se aloja usted, en Garrysville?

—En el «Sycamore». La casa del tío Luke me parece grande y, además, no hay servicio. Prefiero un hotel, puesto que no me gusta molestar a mi hermana en su apartamento. Es muy independiente, ¿sabe?

—Sí, me lo imagino. Voy a pedirle un favor: no diga a su hermana que está aquí. A menos que se lo haya dicho ya...

—No lo sabe. Antes de verla, quiero hablar con nuestro abogado, para ver cómo está la posible venta de la casa. Amanda sí quiere deshacerse de ella.

—Está bien, pero no vaya hoy, tampoco, a ver a su abogado. A fin de cuentas, la venta no se puede efectuar sin su firma, señorita Thayer.

—Por supuesto, pero me tiene muy intrigada, sargento...

Garfield sonrió.

—Es muy posible que antes de la noche le explique todo lo que está sucediendo —respondió.

Eran ya las siete de la tarde y se preguntó si podría cumplir la promesa.

Rosalie se marchó y Garfield se acordó entonces de la carta de Evalee. Al abrirla, una llave cayó sobre la mesa.

Dentro del sobre no había ninguna carta. Garfield sonrió para sí. Evalee le envía un mensaje sin palabras y era muy fácil de entender.

Luego, de pronto, volvió al tema que más le preocupaba y que la visita de Rosalie había vuelto a reactivar de una forma tan sorprendente.

Hurgó entre sus papeles y encontró una lista que Mix había hecho días antes. Al repasarla, creyó encontrar un defecto.

—Billy —llamó a través del interfono.

El muchacho acudió en el acto.

—¿Sargento?

—Billy, si no recuerdo mal, usted dijo que eran doce las

personas que compraron armas cortas del calibre veintidós. En la lista sólo hay once nombres.

—Eso no puede ser, señor —contestó Mix en el acto—. Yo escribí personalmente la lista y... ¿Me permite?

El detective agarró el papel y lo examinó con gesto preocupado. Apenas unos segundos más tarde, lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡Sargento, ésta no es la lista que yo le entregué a usted!

Garfield sonrió.

—¿Conserva usted una copia de la que hizo entonces?

—Por supuesto, jefe.

—Tráigala inmediatamente, Billy, por favor —rogó Garfield.

CAPÍTULO XII

En la copia de la lista figuraba destacadamente un nombre, que Garfield había rodeado con un óvalo trazado con lápiz rojo y que faltaba en el falso original que había repasado momentos antes.

Mix se sentía estupefacto.

—No me lo acabo de creer, señor. ¿Cómo pudo ser... «ella»?

—Ahora que lo sabemos se ven las cosas mucho más claras —contestó el joven—. ¿Quiere que le explique lo que sucedió?

—Se lo agradeceré.

—Bien, siéntese, Billy, y escuche mis hipótesis que, sin más ánimos de fanfarronear, creo que se acercan enormemente a la verdad.

»Ella estuvo aquí, como muchas otras veces, y vio la lista sobre mi mesa. Está acostumbrada a leer en todas las posiciones y no tardó en ver su nombre entre las personas que habían comprado un arma del veintidós. A usted no se le ocurrió decírmelo, ¿verdad?

—Bueno, no me pareció sospechosa... y tampoco la señorita Evalee... Además, pensé que usted leería la lista...

—No tuve tiempo —contestó el joven pensativamente—. Pero tiró unos cuantos papeles al suelo y yo me incliné para recogerlos, lo que aproveché para guardarse la lista, llevarse la, haciendo una copia nueva, ignorando que existía un duplicado, y suprimiendo su nombre de la relación. Inteligente, ¿eh?

—Sin duda alguna, señor. ¿Se ha llevado usted una decepción?

—Sólo hasta cierto punto, Billy.

—Pero, no comprendo... ¿cómo pudo hacerlo? ¿Por qué? ¿Necesitaba dinero? —Siempre pensé que era ambiciosa y capaz de cualquier cosa por conseguir éxitos, aunque nunca me figuré que pudiera llegar a tales extremos. Me refiero a matar a la gente con

sus propias manos.

—¿Mató a Thomaston?

—No cabe la menor duda. Y también mató a Orrit y a Pinero, porque habían llegado a averiguar o, por lo menos, sospechar de ella muy fundadamente.

—Pero ella tuvo que saber... ¿Quién la informaba?

—Empiezo a pensar en un nombre, Billy. Luego le diré quién puede ser, un hombre, desde luego, muy bien informado por su posición.

—Desde luego, tiene que ser así —convino Mix.

—Y creo que también mató a Hattie Emmer, lanzándola por la ventana al patio.

—¿No fue un suicidio?

—No. Hattie la reconoció, quizá por un detalle que le había contado la curiosa señora Lobert.

—¿Qué detalle, sargento?

—La sortija con las dos serpientes entrelazadas.

—Yo no se la he visto nunca puesta —exclamó el detective, asombrado.

Garfield sonrió.

—Es una sortija que sólo se debe usar en circunstancias muy especiales, por ejemplo, cuando una mujer se disfraza para aparentar lo que no es. —¡La furcia de los zapatos con tacones de palmo!— exclamó Mix.

—Justamente, la misma, Billy. Un disfraz perfecto para atraer a un tonto como Pinero y dejarse llevar a su apartamento con el objeto de propinarle una buena ración de cianuro.

—Pero fueron Rodd y su chica quienes vieron la sortija...

—La señora Lobert tuvo que verla también, Hattie la reconoció por ese detalle, ella se dio cuenta y simuló la lucha previa al suicidio. Nos tragamos el anzuelo como tontos, ¿verdad?

—No hay ningún desdoro en ello, sargento. Era muy astuta.

—Sí, y hábil con el disfraz, lo suficiente para hacerse pasar por una hermana revolucionaria, a la que yo no conocía, y que viajaba en un Volkswagen pintarrajeado. La supuesta hermana salió de su casa, después de que yo me encontrase con ella, en un contacto buscado deliberadamente, fue luego en el cacharro a la estación de servicio unos mil quinientos metros y cambió el coche. El suyo, sin

duda, se hallaba en el estacionamiento posterior. Ella entró en los servicios, recobró su apariencia normal, y regresó con el coche que usa habitualmente. En cuanto al Volkswagen, al otro día, o alguno más tarde, lo repintó de mala manera, pero borrando las inscripciones revolucionarias, que podían resultarle perjudiciales. Así fue a visitar a Roda y a su chica, con un billete de mil dólares, que le permitió llevarse todos los papeles de Orrit.

—Eso parece ya claro, sargento —dijo Mix, después de la larga exposición de su superior—. Ahora bien, ¿qué pasó con Thomaston? ¿Por qué tuvieron que matarlo?

—A Thomaston le habían propuesto un asunto de millones, pero había sangre de por medio y se negó. Posiblemente, temieron que les delatase, estropeándoles el plan. Entonces, ellos se inventaron lo del chantaje de las cartas marcadas. Podían perder, hasta cierto punto, parte de los sesenta mil dólares que Thomaston llevaba sobre sí en el momento de su muerte, pero valía la pena, según su particular punto de vista. Luego, claro está, las cosas empezaron a complicarse un tanto y de ahí se derivaron los siguientes asesinatos.

—Incluidas las tentativas de asesinato contra usted, cosa que no acabo de comprender, porque, según mis impresiones, ella le apreciaba muchísimo. Podía, tal vez, disgustarle que usted aclarase el caso Thomaston, pero ¿es congruente su actitud afectuosa con esos intentos de quitarle de en medio?

—Creo que, en parte, tiene usted razón, Billy —dijo Garfield—. Pero ella no lo ideó, aunque es posible que se mostrase de acuerdo.

—Entonces, ¿quién, señor?

—Su socio, el nombre que podía contratar a dos matones profesionales en Las Vegas, porque, como suele decirse, conocía bien el paño. Y pagándoles con billetes de mil dólares, desviaban la atención de ellos, culpando a un asesino inexistente de la muerte de Thomaston.

Mix pareció meditar unos segundos. Luego levantó la vista hacia Garfield.

—Sargento, yo creo que todo esto es consecuencia de un plan trazado hace mucho tiempo —dijo.

—Un plan a largo plazo, en efecto —convino el joven—. Un plan que podría proporcionarles millones.

—¿Cómo, señor?

Garfield cogió un papel que tenía encima de la mesa.

—Walder, propietario de tierras y solares edificables; Shelley, constructor; Kalder, fabricante de materiales para la construcción, desde yeso y cemento hasta tejas y ladrillos, sin olvidar vigas y hierros, sanitarios, embaldosados y demás; y por fin, Hyres, decorador y mueblista. Cuatro negocios distintos, pero que, reunidos, podían proporcionar millones de beneficios. Una sola compañía, que agrupase las cuatro facetas del negocio, resultaría infinitamente más rentable que las cuatro independientes, porque reducirían gastos y... ¿Lo entiende ahora?

—Sí, señor, aunque el problema ahora será hacerse cargo de los negocios de los muertos.

—Supongo que ése es un punto que ya deben tener resuelto, porque han decidido eliminarlos a todos el mismo día y, prácticamente, a la misma hora. No actuarán inmediatamente, claro, sino que dejarán pasar algún tiempo prudencial, y cuando crean llegado el momento, asestarán el golpe definitivo. Entre otras cosas, Walder poseía grandes extensiones de tierra en las dos orillas de la parte alta del embalse, con grandes extensiones de bosques, que pertenecían a su familia desde tiempo inmemorial y que ahora, lógicamente, se han revalorizado de forma extraordinaria.

»Por si fuera poco, hace tiempo ya oí rumores acerca del próximo establecimiento en Garrysville de una importante factoría, la cual podría dar trabajo a miles de personas, la mayor parte de ellas, personal altamente cualificado, dada la naturaleza del producto que se piensa fabricar. En Garrysville no hay gente suficiente para cubrir todos los puestos de trabajo, de modo que tendrían que venir de todos los puntos del país... alojarse en viviendas de las que hay gran escasez y que ellos construirían con sus propios materiales y decorarían y amueblarían con sus productos propios... ¿Comprende ahora la jugada?

—Alucinante —calificó Mix—. Lo digo por la cantidad de millones que entrarían en juego.

Garfield arrojó su lápiz sobre la mesa.

—Un golpe fabuloso, ¿no?, pero que estamos en situación de evitarlo —dijo.

—¿Cómo, señor?

—Hay pruebas suficientes y encontraremos más en casa de

Amanda y en la de Rustler, su Cómplice y socio capitalista; habrá testigos, incluyéndome a mí y... Es suficiente, me parece.

—Desde luego —contestó Mix entusiasmado—. ¿Cuándo nos ponemos en camino, señor?

Garfield miró hacia la ventana. Hacía rato que se había llegado ya la noche.

—Si no la encontramos en su apartamento, estará en casa de tío Luke —aseguró.

* * *

—Bien, caballeros —exclamó Amanda Thayer—, las cosas han salido tal como se planearon, y por eso les he convocado aquí, para celebrar el asunto y darles las últimas instrucciones. Naturalmente, ello ocurrirá durante la cena que he preparado y que yo misma serviré dentro de unos minutos. Faltan algunos detalles por concretar, pero tenemos tiempo de sobra. Mientras tanto, ¿quieren saborear el aperitivo que he preparado?

Cuatro hombres sonrieron satisfechos. La perspectiva de un millón para cada uno, por lo menos, borraba cualquier sombra de remordimiento que pudieran sentir.

Amanda llenó las copas y se reservó la última, la suya, para levantarla y brindar:

—¡Salud y dólares a todos, amigos míos!

Cuatro voces replicaron con exuberantes muestras de alegría. Amanda tomó un sorbo de su copa y luego, con ella en la mano, se encaminó hacia la cocina.

—Sigan, continúen —sonrió—. Voy a darle los últimos toques al menú y en seguida estoy con ustedes.

Llegó a la cocina y se volvió hacia el hombre que estaba tras la puerta, mirándole con ojos brillantes.

—Todo ha salido como calculamos —dijo.

Rustler asintió.

—Un buen negocio —comentó—. ¿Qué hago yo ahora?

—¿Has traído palas?

—Sí, están en el maletero de mi coche.

—Ellos han venido en taxi, se lo recomendé para mayor discreción. Tu coche, el mío y cuatro más, habrían podido atraer la

curiosidad del vecindario. Dos coches no tienen importancia; los han visto más de una vez. Nadie los encontrará jamás en el sótano.

—Habrá que traer cemento más adelante —dijo Rustler.

—Te encargarás tú, claro.

—No te preocupes, hace veinte años era un buen albañil.

—Tendrás ocasión de recordar los viejos tiempos —rió ella.

De pronto, estiró el cuello como para escuchar lo que pasaba en el salón.

—No se oye nada —murmuró—. Iré a ver...

—¿Amanda, por qué no subes después una botella de la bodega? Creo que tu tío tenía una buena colección —suspiró Rustler.

—Sí, es una idea estupenda —aprobó ella.

Rustler se encaminó hacia la puerta trasera.

—Traeré las palas y las dejaré aquí, a la entrada —dijo.

Amanda volvió a la sala. Cuatro hombres yacían en distintas posturas, tres de ellos ya completamente inmóviles.

La joven no se inmutó. Lassiter se agitaba todavía, caído en el suelo, murmurando palabras incoherentes. El moribundo intentó levantar una mano, pero las fuerzas le fallaron y cayó hacia atrás.

Amanda sonrió levemente. Sacó una llave de uno de los bolsillos de su vestido y se encaminó hacia la puerta que daba a la bodega.

La botella de ácido que se había caído semanas atrás, había hecho su obra, facilitada por la antigüedad de la tubería, además oxidada. El agujero no era muy grande y, en circunstancias ordinarias, el escape apenas se habría percibido, pero el gas se había ido acumulando en un recinto absolutamente cerrado y lo llenaba por completo.

Amanda abrió y, en el acto, alargó la mano hacia el interruptor, moviendo la palanquita hacia abajo para encender la luz. En el mismo instante fue cuando percibió el penetrante olor a gas.

Quiso detenerse, pero ya era tarde. El interruptor produjo una diminuta chispa, pero fue suficiente. En la última fracción de segundo que duró su consciencia, Amanda pudo darse cuenta de que iba a perecer en la catástrofe.

Abrió la boca para gritar, mientras delante de ella veía encenderse una atroz llamarada, cuya detonación ya no pudo percibir. El huracán desencadenado por la explosión le arrancó todas las ropas, la abrasó en cortísimos instantes y la devoró como

si fuese el lanzazo de fuego de un dragón mitológico. Los cabellos ardieron instantáneamente en un fogonazo que se confundió con el quemante fuego provocado por el estallido.

Garfield y Mix tenían la casa ya a la vista, a unos doscientos pasos de distancia, cuando, súbitamente, vieron iluminar se todas las ventanas con un resplandor anaranjado. Chorros de fuego brotaron al instante por todos los huecos y, casi sin solución de continuidad, el tejado voló por los aires con un estampido fenomenal.

Garfield pisó el freno a fondo y estuvo a punto de estrellar el coche contra un árbol cercano. Ruidos de todas clases partían de la casa, que se había desintegrado literalmente, procedentes de los escombros que primero saltaron a lo alto y luego caían en un extenso radio alrededor del lugar donde había estado el edificio.

Aturcidos, pero ilesos, los dos policías salieron del coche y se acercaron con grandes precauciones al lugar de la catástrofe. De pronto, vieron a un hombre que corría enloquecido, con las ropas desgarradas y la cara llena de sangre, profiriendo gritos incoherentes.

—¡Es Rustler! —exclamó el joven.

Mix empezó a reaccionar.

—Creo que conviene llamar a la Central —dijo—. Atienda usted a ese infeliz, señor; yo me ocuparé del resto.

Rustler caminaba como si hubiera perdido la visión. De pronto, cayó al suelo y Garfield corrió hacia él. No tardó mucho en llegar a una conclusión.

—Vivirás para contarle... y para arrepentirte de lo que has hecho —dijo.

Luego miró hacia la casa que ardía furiosamente. En aquel momento, tuvo el presentimiento de que Amanda yacía bajo aquel montón de escombros llameantes.

* * *

Evalee llegó a su apartamento, abrió la puerta y se encontró a Garfield, en mangas de camisa, con un delantal de cocina puesto y unas zapatillas en una mano y una copa en la otra.

—Siéntate, querida —dijo el joven sonriendo—. Descansa un

poco y tómate un aperitivo, mientras termino de preparar la cena.
¿Quieres el periódico? ¿Prefieres las noticias por televisión?

Los ojos de la joven chispearon.

—¿Te agrada el papel de ama de casa?

—Debo recibir a la dueña como se merece después del trabajo —respondió él.

—¿Lo crees digno de un sargento de Policía?

—Ex sargento —puntualizó él—. He dimitido, Evalee.

—¡No! —gritó la joven.

—Sí, y si quieres que te lo demuestre...

Repentinamente ella se arrojó sobre Garfield, colgándose de su cuello y le besó con fuerza en los labios.

—Yo he dejado mi trabajo, Brad —declaró.

—¿Somos telépatas? —rió él.

—Somos... unos locos, por no haberlo visto claro antes, querido. Los dos debíamos haber cedido un poco, pero teníamos demasiado orgullo y hay ocasiones en que el orgullo debe ir a parar al baúl de los trastos viejos.

—No cabe la menor duda, encanto. ¿No te arrepentirás, Evalee?

—¿Y tú? Pensé que jamás querrías abandonar tu trabajo.

—He encontrado otro empleo, más descansado, algo peor pagado, pero suficiente para los dos. ¿Qué te parece?

—Magnífico, amor mío.

Evalee continuaba colgada a su cuello. De pronto, dejó de sonreír.

—Leí todo en los periódicos —dijo—. Nunca me imaginé que Rustler y Amanda...

—Lo hacían con mucha discreción, usando incluso, en ocasiones, a Thomaston como tapadera. Incluso a mí me utilizaron, pero claro, yo seguía vivo y pude investigar hasta el fin.

—Ella murió en la casa...

—Había un escape de gas y no lo advirtió hasta que ya era demasiado tarde —explicó Garfield.

—¿Y aquellos cuatro cadáveres?

—Cuatro asesinos, que habían cometido cuatro asesinatos la víspera. Ella los congregó allí, según parece, con el pretexto de una cena, pero los envenenó, a fin de eliminar testigos imprudentes. No recibieron nada que no se merecieran. La autopsia ha demostrado

que habían ya muerto cuando se produjo la explosión.

—De modo que los congregó allí...

—Para darles un festín de cianuro.

—El festín de los asesinos, Brad.

—Exactamente. Ahora, Rosalie venderá el solar y... Pero eso es algo que ya no nos importa, ¿verdad?

—Brad, querido, ¿qué nos importa?

—Me enviaste la llave. Ya tenías el proyecto ¿verdad?

—Harkel quiso convencerme para que continuara, como supervisora, con más sueldo, pero rechacé su proposición. Sólo quiero ser la señora de Garfield.

—¿Lo quieres de veras, Evalee?

—¿Te lo juro?

Garfield se separó de la joven, tiró las zapatillas a un lado y se quitó el delantal de cocina, para ponerse la chaqueta.

—Conozco un juez de paz que puede casarnos inmediatamente —dijo—. ¿Te parece bien?

Evalee agarró su mano y tiró de él hacia la puerta.

—Brad, querido, no debemos perder ni un minuto —exclamó alegremente.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.